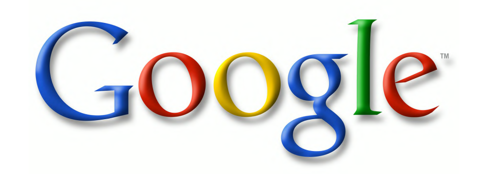
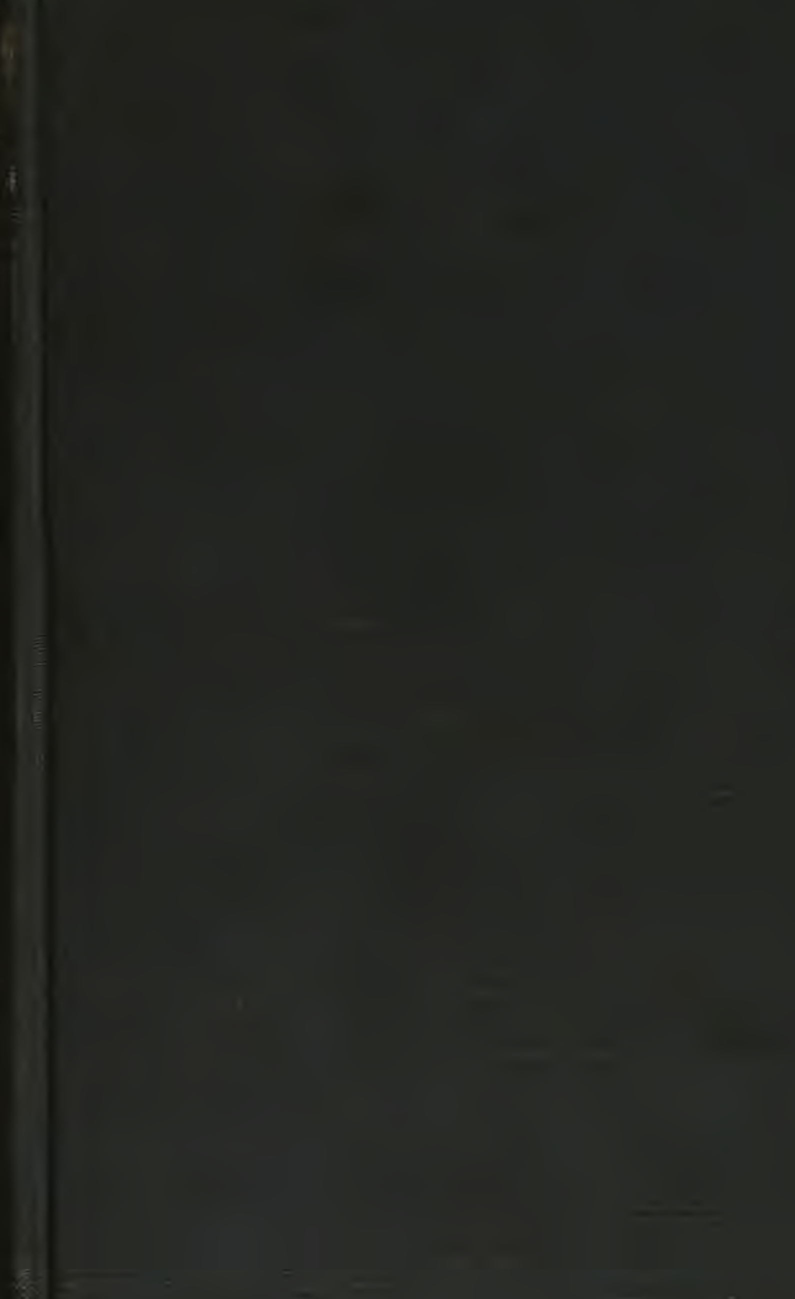




POESÍAS

DE

D. FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO
1880

POESÍAS

DE

D. FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICION DE M. TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1880

Las composiciones poéticas contenidas en este tomo fueron escritas durante los años de 1837 á 1847 por D. Francisco Muñoz del Monte, y á ellas acompañan dos discursos pronunciados por el mismo en el Liceo de la Habana; uno sobre el estado de la literatura en aquella época, y otro sobre la elocuencia del foro.

A la vez que sirva este libro para aumentar el número de los datos que hoy existen sobre la historia de la literatura en la Isla de Cuba, servirá tambien para conservar en la familia y entre los amigos del autor la memoria de un hombre recto y de un abogado distinguido, que con el ejercicio de su profesion supo conciliar el cultivo de las letras.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA APERTURA DE LAS CLASES DEL LICEO DE LA HABANA EN OCTUBRE DE 1847.

SEÑORES:

La indulgente bondad de la Junta Directiva del Liceo ha tenido á bien confiarme el discurso de apertura de sus clases en el tercer aniversario de su instalacion; y como la materia de esta oracion inaugural es electiva y depende del arbitrio del profesor que la desempeña, me he preguntado á mí mismo al empezarla: ¿cuál sería el asunto más conforme á la índole y al objeto de este acto, más análogo á la naturaleza y á las tendencias de este instituto, más apropiado al desarrollo y al fin de las tareas que comenzamos en este dia?

Yo he vacilado en la eleccion, porque se me presentaban distintos puntos igualmente dignos de ser tratados en tan solemne ocasion. Hacer una fiel reseña de los trabajos ejecutados en el año que acaba de pasar, tendria la ventaja de ser el cuadro descriptivo de unos

sinceros esfuerzos que han producido su fruto, y de una noble consagracion que todo el público ha podido conocer y apreciar en su justo valor; pero que por su notoriedad misma careceria del atractivo de la novedad, y me espondria á fatigar infructuosamente la atencion de tan digno auditorio. Inculcar los beneficios que reporta el país del establecimiento del Liceo y de la continuacion de sus provechosas tareas, sería insistir en una verdad demostrada ya otra vez teóricamente en este mismo recinto, llevada á la evidencia en la práctica por resultados incontestables, y universalmente sentida por cuantos tienen en algo los progresos intelectuales y morales de su país. Ofrecer un justo tributo de alabanza y agradecimiento á los directores, á los profesores, á los demas funcionarios del instituto por su generosidad, su perseverancia y su desprendimiento, sería sin duda un tema interesante, que tendria, sin embargo, el inconveniente de mortificar la modestia de tan estimables personas, y de no decir nada nuevo á mis benévolos oyentes, harto convencidos de la verdad como de la justicia de tan debido homenaje.

En el concurso de estos y otros temas análogos, que con igual derecho reclamaban una plausible preferencia, he creido más conveniente prescindir de particularidades que, ó

han sido tratadas por otros con más aventajado discernimiento, ó se recomiendan por sí mismas al aprecio y al elogio del público, en fuerza de su misma evidencia y notoriedad. En su lugar creo preferible á todas luces levantar el ánimo á un órden más general de ideas esencialmente ligadas con la situacion literaria y artística de nuestro país, y con los positivos servicios que bajo uno y otro respecto puede prestarle el Liceo; continuando y completando así en este discurso la materia del que tuve el honor de pronunciar, con igual ocasion y en este propio sitio, en la apertura de las clases del año pasado.

En aquel me propuse diseñar nuestro estado, nuestros actuales progresos en las letras como en las bellas artes, é indicar la direccion más apropiada, á mi humilde juicio, para hacerlos más sólidos y provechosos. Hoy, á fuer de continuacion y complemento del mismo tema, me propongo investigar los temibles escollos y funestas tendencias que pueden paralizar esa marcha progresiva, y contra los cuales debe ejercer la constante accion de nuestro Liceo una influencia eficaz y reparadora. Procuraré ser tan breve cuanto lo permita la muchedumbre de consideraciones que naturalmente se agolpan al abordar tan interesante asunto. Si el desempeño no corresponde al

propósito, si vuestra atencion decae durante mi exposicion, la falta será mia, la culpa será de mi esterilidad, no de la materia, que es de suyo importante, instructiva y curiosa.

Las épocas de gran fecundidad literaria y artística son excepcionales en la historia de la humanidad. Los genios se descubren, se revelan, se desarrollan; pero no se inventan ni se forman. No siempre sopla el Dios á los que se sientan en la trípode sagrada, ni de los abismos del pensamiento del hombre brotan en todos los siglos las obras maestras. Pero si ha habido épocas indigentes y desheredadas de la inspiracion, si ha habido siglos que han vivido de limosnas ó de rapiñas, siglos en los cuales hubiera buscado en vano Mecenas á Horacio y Luis XIV á Racine, no es por cierto el nuestro el que pueda quejarse de semejante esterilidad. Ricamente dotada del tesoro inagotable de la fantasía como del poder incalculable de la reflexion, nuestra época ha nacido bajo una estrella favorable; el porvenir le sonrie, y la misma inmensidad de sus riquezas intelectuales la abruma. Pero el hombre, limitado y flaco, abusa de la superabundancia de los dones. La salud lo arrastra al abuso de los placeres, la robustez á los excesos de la sensualidad, la riqueza á las prodigalidades del lujo, el poder á los extremos

de la audacia. Así tambien, la inmensa fecundidad intelectual de nuestro siglo es la causa de sus innumerables superfetaciones; y la época de la más universal y asombrosa elaboracion mental que han visto las edades, es precisamente la época de los más ruinosos desperdicios, y de las más ambiciosas cuanto incompletas tentativas que han esterilizado la accion del pensamiento.

Por donde quiera que volvamos la vista, el espectáculo es igual y uniforme. Por todas partes la misma inútil profusion, la misma anarquía literaria, la misma fecundidad abortiva. El desarreglo invade todos los dominios del arte: mienten las promesas; los vaticinios se falsean, y la musa, que á sus primeros pasos habiamos tomado por una diosa, la vemos luego convertida en simple mortal, cuando no es lamentable y desaliñada prostituta. En la poesía, en la novela, en el teatro, en la crítica misma, vemos reinar el desórden, propagarse la decadencia. ¡Se han forzado todas las puertas del jardin de las Hespérides, y librádose las manzanas de oro al pillaje de las codiciosas turbas!

Enumerar todas las causas próximas y remotas de esta perturbacion, sería dilatado y prolijo. Yo me ceñiré á indicar las dos principales y más inmediatas, sin desconocer por

ello el funesto influjo de otras análogas y concurrentes.

Esas dos causas son, por una parte, el industrialismo, que es la manía del siglo; y por otra el orgullo, que es el achaque de la humanidad. Yo creo que, analizándolas y demostrando su fatal influencia en la literatura contemporánea, habremos señalado los dos peligros más inminentes con que tropezamos hoy en el cultivo de las bellas artes y de las letras.

En los siglos pasados existia un verdadero patronato del poder en favor del arte, una verdadera alianza entre la autoridad y las letras. Los siglos xvi y xvii exhibieron el modelo espléndido de ese patronato y esa alianza. El gran rey Luis XIV se honraba con la amistad de Racine: el sucesor de San Pedro coronaba al divino Tasso en el Capitolio romano, que habia presenciado la apoteosis de los Césares romanos, y Felipe IV diseñaba con su régia mano sobre el pecho del retrato de Velazquez la insigne cruz de Santiago, otorgada por ese propio acto al émulo de Miguel Angel y de Rafael. Pero la filosofía restaurada en el siglo xviii, emancipando la razon humana, dividió aquellos dos poderes morales, que siguieron desde entonces rumbos separados. Sin embargo, el arte no quedó completa-

mente huérfano de direccion y de garantía. Si le faltó el influjo que descendia de las altas regiones del poder, le quedó en cambio el que ejercian unos sobre otros los profesores; le quedó la amistad, que distribuia sus imparciales consejos, que preservaba de sus extravíos á la imaginacion, que la detenia en el declive fatal de lo exagerado y lo absurdo: le quedó, en fin, la crítica, la séria crítica, la crítica sentada en su pretorio, como dice un autor célebre, á veces sobrado severa, á veces apasionada y amarga, pero siempre justa en el fondo, siempre vigilante en su puesto, como centinela avanzada de la regla y del buen gusto. Empero esas influencias intermedias se han retirado tambien. No hay ya en este tiempo solidaridad en las letras: si los talentos juntan sus fuerzas en comun, es para hacer más extensa la especulacion, más segura la ganancia. La asociacion de las inteligencias es una cuestion de salario. La crítica, olvidando su mision, se ha puesto al servicio de la industria, ha vestido la librea de las malas pasiones y de los intereses egoistas. ¡El arte es una feria! La imaginacion se ha vendido como una mercancía: sobre su túnica se han echado suertes, y el industrialismo y el orgullo han especulado con sus despojos.

Faltando la triple influencia de la alianza

con el poder, de la amistad literaria y de la crítica imparcial, un agio vergonzoso ha sustituido á esa fecunda y vivificadora trinidad. ¿Qué es hoy, salvas marcadas excepciones, un escritor público? ¿Es el artista entusiasta, es el autor concienzudo, que ama su obra por la obra misma, por el amor desinteresado de la gloria, por su trascendental influjo sobre la humanidad? ¿No es más bien, por la inversa, un mercader del pensamiento, un codicioso empresario, que en la exhibicion de sus piezas se preocupa de la ganancia ante todas cosas? No le pregunteis cuál es su vocacion: no os canseis inquiriendo de dónde recibe la inspiracion, de dónde le viene el soplo divino. El Dios es el dinero. Todos los géneros son buenos cuando se divisa á su extremo una pila de doblones. ¡Vocacion! ¡Inspiracion! ¡Soplo divino!.... ¡Antiguallas de otro tiempo! ¡Candideces de nuestros abuelos! El literato apenas adolescente que empieza á borrajear papel, y el literato adulto ejercitado en las luchas intelectuales, la generacion jóven y la generacion provecta, la de ayer como la de hoy, se atropellan, se empujan, se precipitan al abismo insaciable y helado del industrialismo. ¿Será que el fuego creador se ha apagado? ¿Será que el humo etéreo de la gloria se ha consolidado en una densa pasta de oro? ¿Será que

el refinamiento del epicureismo y la necesidad exajerada del lujo han matado la genuina y sincera pasion literaria? La dorada carroza del duque salpicaba los vestidos del divino Cervantes, que caminaba á pié por las calles de Madrid; y nò lo advertia el inmortal manco de Lepanto, porque vivia con su obra, porque iba pensando en la posteridad, que sin duda vale más que una carroza dorada. Nosotros no somos tan cándidos como Cervantes. La posteridad nos importa muy poco; porque la posteridad tiene el imperdonable defecto de no pagar *al contado*, y nosotros no amamos sino la gloria que se *descuenta*.

Al propio tiempo que el industrialismo es causa de tanta perturbacion en los dominios del arte, el orgullo es orígen de no menores ni ménos lamentables desastres.

El orgullo oscurece y desorienta las inteligencias: el orgullo inspira una ambicion sin límites: el orgullo es un pretendiente que no transige jamás: el orgullo persuade sin mucha dificultad á quien sabe conducir medianamente una berlina, de que podria dirigir sin riesgo los caballos del sol. El humilde cochero se cree de súbito el auriga del empíreo; y, nuevo Icaro, cae precipitado desde el principio de su carrera á las profundidades del abismo.

Contemplad lo que regularmente pasa hoy en las regiones del arte y de la literatura. De la noche á la mañana los simples talentos se transforman en grandes hombres, se transustancian en genios. La crítica prostituye su mision para elevarlos sobre el pedestal; la amistad renuncia al pudor para propinarles la apoteósis. Desde entonces, el grande hombre, el genio, no se apean más de la trípode sacra; hablan á guisa de oráculos; el vapor del incienso los embriaga; y por poco que continúen los himnos cantados en su alabanza por los coristas de su comparsa, se sienten convertir en dioses como el Emperador romano. El escritor y el artista quieren ser adorados. ¡Ay de los blasfemadores é impíos que se atrevan á negarles el merecido culto! La peripecia de estas tristes y lamentables farsas pone el último sello á la ignominia de sus actores y figurantes. Esos cacareados volúmenes en *cuarto* y en *octavo*; esas bellas encuadernaciones adornadas con el inevitable retrato y simbólicas viñetas; esas páginas en que el autor habia creido legar á la posteridad su propio nombre y el fecundo evangelio del porvenir; esos libros, vuelvo á decir, despues de haber logrado una mentira de gloria y una semana de inmortalidad, van á dormir el sueño eterno en el fondo de una librería, de donde sólo sal-

drán para la tienda del especiero y del droguista.

Decidme, señores, ¿no es esto lo que pasa todos los dias á nuestra vista? ¿No son estas las catástrofes que se multiplican y reproducen cotidianamente en la Habana, lo mismo que en todos los grandes centros de civilizacion y cultura? ¿Y acusaremos al público de ser insensible á las bellezas del arte, sordo á los reclamos del talento, indiferente á los progresos del espíritu?

Hablemos en conciencia, puesta la mano sobre el corazon. ¿No somos nosotros mismos, los hombres de letras, los hombres de arte, los que degradamos el noble sacerdocio del arte y de las letras á fuerza de profusion y de vulgaridad, de desbordamiento y de egoismo, de mediocridad y de presuncion? ¡El público corre tras el alimento intelectual que se le brinda; busca y rebusca el grano, y por lo comun no encuentra mas que paja!

¿Os asombrais del descrédito, del menosprecio casi, en que ha caido la noble, la santa, la consoladora poesía? No parece sino que se ha perdido el secreto de interesar y de conmover, el secreto de unir la sobriedad á la abundancia, de evitar á la vez la sequedad y la profusion, de ser rico sin ser maniroto. Desde su estreno, los ingénios más notables

manifiestan una propension irresistible á la prodigalidad de las imágenes: las estrofas se desenrollan unas tras otras en proporciones interminables: un mismo pensamiento se vuelve, se revuelve, se divide, se subdivide, se atomiza, se deslie, se disuelve como las moléculas impalpables de un grano de sal en el receptáculo de una fuente: se enfilan cien versos para lo que bastarian doce, y la mágia desaparece. Ni podia suceder de otra manera. Cuando la sirena prolonga indefinidamente su canto, el hechizo se rompe.

El público, sin embargo, sediento de emociones, ávido de novedades, apasionado por la variedad; el público, aburrido, hastiado, que ha llevado tantos chascos, que no vé ningun principio fijo, que no sabe á qué carta quedarse; el público se lanza en pos de las novelas, que son una de las grandes miserias de nuestra época. La novela se ha instalado en la parte inferior de los periódicos, como la liviana ninfa que se sienta ante el mostrador de los cafés de Francia para atraer á los chalanes. Montada en esa tribuna ambulante y callejera, como la Bacante griega en el tablado portátil de Thespis, recorre las calles y las plazas, visita los palacios y las chozas, se introduce en la tienda y el taller, y desde el primer albor de la mañana despierta todos los dias al magnate

en su alcoba y al portero en su tugurio, al *dandy* entre sedas y al jornalero entre andrajos, á la dama en su *boudoir* y á la fregona en su tarima. Auxiliada por el periodismo, la novela tritura y resuelve hoy en píldoras homeopáticas todas las grandes cuestiones morales y sociales á que está vinculado el porvenir de la humanidad. Sansimonianismo, furrierismo, socialismo, escepticismo, comunismo, panteismo, todas las ideas, todos los sistemas, todas las síntesis sociales, morales, económicas, filosóficas de nuestra época, vienen hoy á depositar sus escorias en el recipiente comun de la novela, del mismo modo que las grandes crecientes van á estancar sus desperdicios en el fondo inmundo de los albañales. Muchos grandes talentos, Dumas, Janin, Sue, Balzac, y otros y otros mil, se enervan, se agotan, se desmoralizan en la triste tarea de suministrar diariamente una millonésima fraccion de novela para la insaciable garganta del folletin; en adelgazar y estirar un pensamiento á guisa de un hilo elástico de alambre; en repetirse hasta la saciedad, hasta las náuseas, ora rehaciendo sus propias obras, ora parodiando las ajenas; ya desfigurando sus antiguas creaciones, ya desenterrando las invenciones olvidadas; aquí sacando á relucir en el romance á sus propios amigos para economizarse el trabajo de la in-

vencion, allí estableciendo talleres de confeccion, oficinas de creacion, agencias de explotacion intelectual, para apagar con mayor facilidad la ardiente sed del engañado público.

¡Triste espectáculo de degradacion! Los manes de Rousseau y de Richardson, las sombras de Goethe y de Walter Scott clamarian por tornar á sus gloriosos sepulcros, si les fuese dado presenciar la inexplicable prostitucion de un género que supieron elevar á tanta altura.

Si, apartándola de los romanceros y novelistas, convertimos la atencion al teatro, nos afligirá el espectáculo de su pobreza, y decadencia. En el teatro, lo mismo que en la poesía lírica, en la novela y en la mayor parte de los ramos de las humanidades y de las bellas artes, contemplamos la propia invasion del industrialismo, la misma ardiente sed de lucro, la suprema confianza en menguadas fuerzas, el magisterio de la personal infalibilidad, el desprecio de los grandes modelos, la vulgaridad, la venalidad, la ligereza, la precipitacion, el absurdo. La comedia, desdeñando el estudio de los admirables tipos legados por los maestros del arte, tampoco se cuida de la observacion profunda del corazon, ni de las miras originales, ni del estilo sábiamente elaborado. Cuando más, se contenta con esa des-

treza vulgar reducida á entreteger escenas de enredado y sutil desenlace, ó bien con esa grosera jocosidad propia para arrancar la risa de los bodoques y las verduleras, ó por fin, con esa sal bastarda tan distinta de la sal *ática* como la chanza grosera de la discreta sonrisa. Pero sobre todo, el drama, ese drama moderno que á su aparicion en la escena afectaba tan altas pretensiones; ese drama, que invadió la region del arte con los humos y las trazas de un conquistador; ese drama, que hace algunos años se anunciaba como el regenerador del teatro, como el redentor del arte, como el renovador del mundo poético; ese drama que, abriendo nuevos caminos al talento, debia resucitar, bajo nuevas formas, las maravillas de la Grecia de Pericles, de la Francia de Luis XIV, de la Inglaterra de Ana y de la España de los Felipes; ese drama moderno, señores, vedlo tendido ahí en el suelo, anhelante y convulso, cubierto de sudor y de polvo, salpicado de lodo y de sangre á puro vagar y discurrir por las cárceles y los presidios, por los calabozos y los patíbulos, por los lupanares y los garitos. Ved aquí hasta qué excesos ha podido arrastrar á los más nobles ingénios la insaciable sed de aplausos y de oro, la vanidad y el industrialismo. La poesía y la industria se han asociado para la explotacion de

la escena, y el teatro es una *casa de banca con su razon social*. Se diria que el autor dramático escribe sobre un *mostrador*, y que Melpómene y Talía son dos mercaderas campechanas, que llevan sus libros *por partida doble*, cantando coplas licenciosas y patibularias.

Pero, ¿á qué punto del horizonte literario y artístico volveremos la vista que lo encontremos exento de aquella doble plaga? La presuntuosa vanidad y la especulacion industrial, han emponzoñado todos los manjares del banquete intelectual, como los harpías de la Eneida infestaron la comida destinada á los troyanos que escaparon del incendio.

Al expresarme en tan severos términos, no es mi ánimo sostener que falten nobles talentos libres del contagio, y puros de toda debilidad, en medio de la universal tentacion. ¡Vive Dios, que no faltan, y por eso mismo es más alto su mérito, más insigne su gloria! Sí; el industrialismo y el orgullo, han respetado á algunos elevados ingenios, que rinden culto todavía al buen sentido y al desinteres; pero la misma cortedad de su número, pone más en relieve la generalidad del comun estrago. *Apparent rari nantes in gurgite vasto.*—Esos inmaculados campeones del buen gusto, que aún se inclinan ante sus desamparados altares, son la esperanza de la restauracion litera-

ria, cuya aurora asoma ya por todos los rumbos de su oscurecido horizonte.

Tal es el punto á que me propuse llegar en este discurso. La Habana participa del contagio general que acabo de describir. ¿Por qué hemos de negarlo? ¿Y qué valdria la negativa ante los hechos patentes é incontestables? Vale más aplicar el remedio al mal, que negar ciega y obstinadamente su existencia. Nuestro Liceo puede ayudar en gran manera al desarrollo de ese movimiento restaurador, que se inaugura en las más elevadas regiones del arte, y que por su índole comunicativa y propagadora está destinado á descender al plano inferior de la mediocridad y de la imitacion. La restauracion de los buenos principios, se anuncia ya en todos los países civilizados, por dos signos infalibles y correlativos el uno del otro, el *fastidio* del público, y la fatigosa *languidez* de los autores. Hastiado el uno, y agotados los otros, fuerza es cambiar de rumbo; y el rumbo está marcado por una ley indeclinable y extensa, la ley de las reacciones, segun la cual, la exorbitancia del exceso conduce á la observancia de la regla.

El desarreglo de los escritores empieza á recibir ya su castigo. Los culpables llevan la pena en su mismo pecado. Anhelaron aplausos, y la indiferencia pública mata su reputacion:

anhelaron oro, y los bolsillos cerrados desahucian sus esperanzas. La gloria los reniega, y la fortuna les vuelve las espaldas.

El castigo ha empezado por los poetas. Mientras que, atados á la rueda de Sísifo, pulen y repulen estrofas vacías, amontonan profusas imágenes y redondean interminables períodos para formar un laberinto sin salida, en cuyas callejuelas se pasea largo tiempo el lector sin encontrar el pensamiento, el público se desliza y escapa suavemente, dejando al poeta en una completa soledad, en la que podrá admirarse á sí propio á sus anchuras sin riesgo de testigos. Luego les vendrá su turno á los novelistas, esos reyes del folletin, de donde habrán de arrojarlos en un porvenir más ó ménos cercano el buen sentido público y el grito de la moral alarmada; y á la turba de autores dramáticos, que parodian el sentimiento y caricaturan la vida humana, sutiles escamoteadores de la pecunia con la ayuda del embeleco de la gloria y los cubiletes de la filantropía; y á los historiadores de nuevo cuño, creadores de fórmulas sintéticas comprensivas de los destinos humanos, que encajonan lo pasado en el lecho de Procusto, para que no signifique ni más ni ménos que lo que se ajusta y aviene con sus desatentados sistemas; y á los críticos folletinistas, que proclaman

altamente la infalibilidad de su buen gusto, que hablan de los otros para tener ocasion de hablar de sí mismos, y que dan cuenta de las obras ajenas con solo el fin de atraer la muchedumbre, concitar la curiosidad al rededor de su tribuna, y escamotear en propia utilidad el éxito de la produccion sometida á su fallo; en una palabra, les vendrá el castigo á todos los que, artistas ó literatos, trafican con las letras y comercian con el arte; á todos los que sacrifican los eternos é imperecederos principios de lo verdadero y de lo bello, de lo bueno y de lo justo, á las exigencias del momento, á las veleidades del vulgo, á los caprichos de la moda, á las inspiraciones del interes y á los cálculos de la vanidad.

En la curacion de tantos males, en la represion de tanto desórden, puede influir en Cuba con poderosa eficacia la saludable institucion del Liceo. Sus secciones y sus clases, sus magisterios y sus cátedras, sus certámenes y sus concursos, sus catedráticos y sus profesores, todos los hombres instruidos de su seno, todas las capacidades consagradas á su servicio, todos los talentos interesados en su esplendor y en su duracion, deben atacar con moderacion y energía ese espíritu de exageracion y de hipérbole, esa trivialidad de ideas y de diccion, que distinguen á la mayor parte de nuestros

innumerables poetas, de nuestros escasos prosadores y de nuestros autores y artistas de todo género. Combatamos sin tregua ese desarreglo, ese mal gusto, orígen de tantos abortos é incompletas creaciones como do quier hormiguean en mengua nuestra y de nuestros adelantos. Unámonos para defender los buenos principios, para condenar con nuestra reprobacion los excesos de cualquier género. Inculquemos á todos, á los que cultivan los bellos dones de la imaginacion, como á los que se lanzan en las misteriosas profundidades del pensamiento, la máxima salvadora de que en los trabajos del espíritu, lo mismo que en el manejo de los negocios, el órden es la condicion indispensable del buen éxito. Digàmos á los literatos y á los artistas: ¿Buscais la gloria? Y bien: la gloria no se alcanza sino cuando el amor inteligente de la regla se une á esa noble audacia, natural atributo del talento verdadero. ¿No os basta la gloria? ¿Quereis tambien el dinero, puesto que del dinero es preciso hablar siempre en este siglo? Consultad la experiencia. El medio más seguro de ganarlo, y de ganarlo por mucho tiempo con los productos de la inteligencia, es economizar esa inteligencia misma, no desperdiciar la sávia del árbol, para conseguir así que este multiplique sus frutos por largos años.

El órden y la economía: he aquí la suma de los preceptos del arte. Un gran crítico de nuestros dias lo ha dicho. En el órden y la economía de las creaciones intelectuales está encerrado el secreto de todo linaje de triunfos; porque en los trabajos del espíritu la economía es la condicion de la fortuna, y el órden es la vida de la imaginacion.

DISCURSO

SOBRE LA ELOCUENCIA DEL FORO PRONUNCIADO EN EL LICEO DE LA HABANA EN DICIEMBRE DE 1847.

SEÑORES:

En una de nuestras últimas conferencias tuve el honor de manifestaros mis ideas acerca de la elocuencia del púlpito; esta noche me propongo ocupar vuestra indulgente atencion con las que me ocurren sobre la elocuencia del foro.

El arte es uno mismo, como dije en la sesion anterior: es uno en su esencia y en su espíritu, aunque trino en su objeto y en sus formas. Al púlpito, al foro y á la tribuna parlamentaria son comunes las condiciones intrínsecas y los principios reguladores del discurso público; pero cada una de estas especies de elocuencia tiene su índole, su carácter, su manera peculiar, de los cuales es fuerza formarse una idea clara y adecuada para no ex-

traviamos en la aplicacion práctica de las reglas generales.

La elocuencia de un abogado se diferencia fundamentalmente de la de un teólogo en la cátedra del templo, de la de un legislador en la tribuna del parlamento. El fin de la elocuencia es convencer y persuadir; pero segun los objetos respectivos de cada género de elocuencia en particular, es mayor ó menor el grado de preferencia que se da á uno ú otro de aquellos dos fines. Unas veces la conviccion se subordina á la persuasion: otras el interes de convencer prepondera sobre el empeño de persuadir. En el púlpito y en las asambleas deliberativas, el fin principal es persuadir.

El orador se propone mover la voluntad de sus oyentes á determinados actos, despues de haberlos convencido de su necesidad, de su conveniencia ó de su justicia; y para lograrlo apela á todos los resortes morales de nuestra naturaleza, acude á todos los recursos de nuestra sensibilidad, invoca todos los estímulos de nuestro albedrío, y se dirige no sólo á nuestro entendimiento, sino tambien á nuestra imaginacion, á nuestro corazon, á nuestras pasiones. En el foro, por la inversa, el fin principal es convencer. El abogado no se propone preferentemente persuadir á los jueces

acerca de la bondad ó de la conveniencia de alguna cosa, sino demostrarles la verdad ó la justicia de ella. Por donde se ve, que su elocuencia se endereza más directa y principalmente al entendimiento, en cuya conviccion residen el triunfo y el éxito de la causa que patrocina. Estas diferencias fundamentales y características no deben olvidarse nunca en el ejercicio práctico de la elocuencia del foro.

Esta subordinacion respectiva de los fines de la oratoria, segun los casos y las especies, no excluye, sin embargo, el uso recíproco de ambos en ocasiones determinadas, siempre que en ellos se guarden la graduacion y prioridad correspondientes á la naturaleza peculiar de cada uno.

El predicador y el tribuno deben convencer antes de persuadir, aunque la persuasion sea su fin principal: al abogado le conviene muchas veces persuadir, aunque el convencimiento es su objeto preferente.

Aquellos aspiran á inclinar la voluntad, con el socorro de la luz del entendimiento: éste procura rendir el entendimiento con los estímulos auxiliares de la voluntad.

Los unos invocan los recursos de la inteligencia, para obrar sobre la fantasía é influir en el corazon: el otro no desaprovecha el resorte de las pasiones, cuando estas le sir-

ven para completar la conviccion del espíritu.

Los primeros tienen por objeto lo útil, lo conveniente y lo bueno: el segundo lleva por fin lo cierto, lo verdadero y lo justo.

El predicador y el tribuno, en fin, vinculan su influjo en las emociones, sin descuidar la demostracion: el abogado busca sólo su triunfo en la demostracion, economizando severamente las emociones. El arma de los primeros, es una antorcha que calienta; el arma del segundo, es una antorcha que ilumina. Y usando ambos, aunque en diferentes proporciones, el doble instrumento de la conviccion y de la persuasion, viene á resultar forzosamente que el ministerio del predicador y del tribuno es persuadir, empezando por convencer, y que el ministerio del abogado es convencer, acabando por persuadir.

Se vé pues, que el fin principal de la elocuencia forense, como antes dije, es convencer. Diversas razones, derivadas de la índole peculiar de este género de elocuencia, atestan la certidumbre de ese principio. El abogado se dirige casi siempre á un juez, ó á un reducido número de jueces, que por lo general son personas provectas, graves y autorizadas, en las que no tienen fácil cabida las pasiones y la efervescencia de las juntas numerosas. Esos jueces escuchan friamente al orador; júzganlo

con severidad; no los arrastran las pasiones del momento, y desconfian naturalmente, si no reprueban del todo, el tono vehemente y apasionado.

Ademas, el campo del orador forense es limitado y muy circunscrito, á diferencia del teólogo y del político, que pueden tomar sus tópicos ó lugares comunes en el dominio infinito del pensamiento y de la imaginacion. Los lugares comunes del abogado se reducen en rigor á las leyes, estatutos y reglamentos; raras veces le es dado elevarse á las consideraciones trascendentales de la ciencia; y cuando lo permite, y áun lo reclama el asunto, es preciso ser muy sóbrio en semejante género de argumentacion, so pena de divagar con detrimento de la cuestion ó negocio sobre que discurre. El abogado debe proceder armado del compás y de la regla, y no le es permitido extralimitar el círculo inflexible de la ley ó la naturaleza positiva de los hechos; porque estos son su materia, así como aquella es su norma inalterable.

De donde resulta que la elocuencia del foro es, por su propia naturaleza, más circunscrita y templada que las del púlpito y de las asambleas políticas, y que caeria en muy supino error el que pretendiese imitar en los debates forenses áun las mismas oraciones del género

judicial que nos han quedado de Demóstenes, de Ciceron, y de otros grandes oradores de la clásica antigüedad. Esos discursos no pueden servirnos de modelo absoluto, aunque hayan sido hechos sobre causas civiles y criminales; porque la índole de nuestro foro es harto desemejante del griego y del romano, que tenian muchos puntos de analogía y contacto con la organizacion y los atributos de las asambleas populares.

Esa analogía y esa semejanza que no tiene el nuestro, dependia principalmente de dos causas. La primera es que, siendo muy corto, tanto en Grecia como en Roma, el número de las leyes y de los estatutos municipales, señaladamente en los tiempos en que más floreció la elocuencia de esos dos pueblos inmortales, la decision de las causas se libraba más en la prudencia de los jueces que en los términos de la ley, más en el arbitrio que en el texto, más en la equidad que en el derecho. Por esto es que más se estudiaba la oratoria que la jurisprudencia; por esto es que en Roma habia ciertos hombres llamados pragmáticos, con quienes dividian los oradores sus trabajos preparatorios, suministrando aquellos los materiales puramente jurídicos de cada causa, y revistiéndolos estos con las formas y los colores oratorios apropiados.

La segunda causa es que, así en Roma como en Grecia, los jueces no eran uno, ó un número reducido, cual sucede entre nosotros; sino muchísimos que casi formaban una junta popular. El Areópago de Atenas, constaba de unos trescientos jueces el dia en que condenó al divino Sócrates por haber revelado al universo atónito la unidad y la providencia de Dios: Ciceron defendió á Milon ante cincuenta y un ciudadanos, que más bien que jueces eran jurados, en el significado técnico de esta palabra; y el pretor romano, que era el juez de las causas civiles y criminales, se asociaba con un gran número de personas, que se llamaban *judices electi*, jueces escogidos. De aquí resultó el hacerse uso en los debates forenses de los medios de la piedad y de la conmiseracion; el prodigar los apóstrofes, las personificaciones y las lágrimas; el introducir en el tribunal al reo vestido de luto, y acompañado de sus hijos y de su familia deshecha en llanto é implorando la misericordia de los jueces, y otros recursos semejantes, que hoy están en desuso, y que pasarian por teatrales, pantomímicos y extravagantes.

He aquí la razon principal de la diferencia entre el fóro antiguo y el moderno; he aquí por qué dije antes que sería hoy muy estemporánea y desatinada la imitacion rigorosa de

la manera de orar de Demóstenes, de Ciceron y de los antiguos en general. Modelos son seguramente cuyo estudio puede aprovechar en gran manera á los oradores en el foro, siempre que la imitacion no traspase los límites señalados por la diferencia de los tiempos, la de las costumbres públicas, la de las formas sociales y demas mudanzas y exigencias de los siglos modernos.

Si analizamos ahora las principales dotes y calidades que deben concurrir en el orador del foro, la primera que salta á nuestra consideracion es el conocimiento profundo de su profesion, la cumplida y perfecta instruccion en la jurisprudencia, sin la cual todos los tesoros oratorios equivaldrian á una moneda sin cambio y sin uso. Despues de este estudio prévio, viene la incesante consagracion, la diligente y concienzuda atencion á la causa de que se encarga, hasta comprender y familiarizarse con todos sus hechos y circunstancias, oyendo largamente á su cliente, conciliando sus contradicciones, dirigiéndole las objeciones oportunas, no dejando nada por inquirir y saber en la cuestion que se le somete, y teniendo presente que á veces los accidentes ménos importantes en la opinion de la parte interesada, contienen el gérmen del remedio y la solucion de la contienda, como

lo observó hace muchos siglos el agudo Quintiliano: *Frequenter enim et vulnus et remedium in his orator inveniet, quæ litigatori in neutram partem habere momentum videbantur.*

Si el profundo conocimiento teórico y práctico de su noble facultad, y la prolija instruccion de todos los pormenores de cada causa cuyo patrocinio admita, son condiciones indispensables del orador del foro, no lo son ménos el calor y el interes que debe tomarse en la defensa de su cliente y en el sostenimiento de la cuestion encomendada á su cargo. Ese calor y ese interes son uno de los medios más eficaces de persuadir á los jueces, por lo mismo que revelan la conviccion personal del sustentante. El abogado representa á su cliente, y hace suya la causa, suya la defensa, suyo el triunfo.

Mostrarse indiferente y frio es dudar de la justicia de su causa; es desconfiar del buen éxito; es confesarse vencido de antemano. Empero por eso mismo debe guardarse el abogado de prostituir su interes y su calor, su pasion y su sensibilidad, abrazando todo linage de defensas, sean justas ó injustas, exciten ó no su celo, apruébelas ó no el santuario de su conciencia. El abogado sólo debe aceptar aquellas defensas que sean probables, y áun puede otorgársele el admitir las ménos probables.

1.ª *Regla.* La narracion del discurso ó informe en el foro es la raíz y fundamento de toda la composicion; porque toda cuestion judicial estriba sobre un hecho directa ó indirectamente: directamente, cuando se trata de probar un hecho para fundar un derecho; indirectamente, cuando se trata de fundar un derecho para aplicarlo á un hecho. Una buena narracion es acaso lo más difícil de la tarea. Se han de conciliar dos extremos, que á veces aparecen como inconciliables; esto es, no se ha de decir cosa alguna que no sea verdad, y al mismo tiempo no se ha de avanzar ninguna especie que dañe á la causa. He aquí el Scila y el Caribdis del abogado. Es preciso ser muy buen nadador para evitar uno ú otro de los dos escollos. Como los hechos son la base del razonamiento, es evidente que referirlos sin faltar á la verdad, y presentarlos no obstante con los colores más favorables al tema propuesto; colocar bajo un punto de vista luminoso y fuerte las circunstancias propicias y bajo otro oscuro y débil las adversas, sin disfrazar la verdad en uno ni en otro caso, es sin duda marchar entre dos principios, y requiere no poca dósis de saber y de maña. La narracion exige un tacto delicado y un invariable equilibrio; porque si no hay arte ninguno, se aventura el éxito de la causa: y si se descubre

demasiado el arte, se arriesga la sinceridad sin conseguir el intento. Para resumir en dos palabras, ha de haber arte y no artificio.

2.ª *Regla.* La narracion debe ser clara y distinta. Este precepto abraza sin duda al discurso entero; pero en la narracion se requiere como condicion especial é indeclinable, por cuanto difunde su luz por todo el discurso. La errada comprension de un hecho, la omision de una circunstancia, pueden frustrar el efecto de los más vigorosos raciocinios. La narracion debe ser natural, probable y concisa. Si es exagerada, el juez desconfía de ella; si improbable, la desestima; si difusa, le cansa y la olvida.

3.ª *Regla.* En la parte argumentativa, ó sean las pruebas del discurso ó informe, son necesarias tres cosas, á saber: la invencion, la disposicion y la expresion. La primera es obra del ingenio, que no puede ser suplido por el arte, el cual, sin embargo, puede servirle de auxiliar en muchísimos casos; las segundas son el fruto del arte, que será tanto más perfecto cuanto mayor sea el ingenio del abogado.

4.ª *Regla.* Las pruebas del discurso no han de tomarse de tópicos ó lugares comunes, sino que se han de sacar de la naturaleza misma de la causa ventilada, del conocimiento ínti-

mo de su materia, y de la profunda meditacion de los hechos, segun constan estos en las actas procesales. *Ex visceribus causæ*, que decian los oradores latinos.

5.ª *Regla*. La disposicion y arreglo de las pruebas, ó sea el método de la parte argumentativa, puede efectuarse por medio de la análisis ó de la síntesis: por el análisis, encubriendo al principio el punto que se va á probar, y conduciendo por grados á los jueces hasta la solucion propuesta como fin del discurso; por la síntesis, señalando claramente, al empezar, la cuestion que se propone sostener, y acumulando luego unas pruebas sobre otras hasta demostrar el punto. El método analítico es el más natural; el método sintético es el más usado en el foro.

6.ª *Regla*. Las pruebas deben colocarse en el discurso segun sus respectivos grados de fuerza, empezando por las débiles, siguiendo con las que lo son ménos, y desplegando á lo último las más fuertes; de modo que el discurso vaya avanzando poco á poco por un climax ó gradacion: *ut augeatur semper et increscat oratio*. Pero cuando la causa es de aquellas que no inspiran mucha confianza al orador, le conviene entonces presentar al frente su prueba principal para prevenir desde un principio á su favor á los que han de fallarla.

7.ª *Regla.* Las pruebas no han de extenderse ni multiplicarse demasiado. Su multiplicidad engendra sospechas contra su legalidad, cuando aquella no es absolutamente necesaria. La memoria se confunde; la atencion se debilita; el convencimiento se amengua. Pocas palabras, y bien escogidas, hacen un efecto más seguro que muchas prodigadas sin discernimiento. La argumentacion de un discurso debe guardar un equilibrio, un medio, un temperamento, fuera del cual se corre el doble riesgo de apurar la paciencia del juez y de aventurar el éxito de la causa.

8.ª *Regla.* La refutacion de las pruebas contrarias requiere, para ser eficaz, un tino y un pulso muy notables. No deben desfigurarse; no deben presentarse bajo un aspecto distinto del que tienen en realidad; no se deben hacer palpables injusticias al adversario, porque el juez, lo mismo que los oyentes, pronto descubren el engaño, y desconfian del orador que no tiene bastante capacidad para penetrar la fuerza de los razonamientos contrarios, ó bastante ingenuidad para reconocerla. Por la inversa, se inclinan á su favor cuando lo ven reproducir con exactitud y con franqueza los argumentos de la contraparte, porque naturalmente juzgamos que quien tan claro y completo conocimiento muestra de cuanto por

una y otra parte puede alegarse, está satisfecho de la justicia de su causa, y no necesita sostenerla por ruines medios y disimulados artificios. La refutacion es la parte del discurso en que más se patentizan la maestría y habilidad, ó la torpeza y poca maña del orador forense.

9.ª *Regla.* La agudeza puede ser útil alguna vez en el foro, si se usa con sobriedad, con oportunidad y con discrecion. Una réplica repentina sazonada con un dicho agudo, una picante reticencia, un chiste ingenioso é inesperado, pueden servir al orador ridiculizando la argumentacion ó razones de su adversario. Pero debe guardarse de prodigar este género de talento. El ministerio judicial es demasiado sério para mezclar la risa en los debates; el oficio del abogado no es hacer reir al auditorio, sino convencer al juez. Rara vez los abogados chistosos son abogados eminentes. El dosel de Témis no es la escena de Talía, y la toga y la risa chillan de verse juntas.

10.ª *Regla.* El estilo del discurso forense debe ser apropiado á la naturaleza y objeto de este género peculiar de la elocuencia. A su naturaleza, porque las cuestiones que se ventilan ante los tribunales son esencialmente graves, áridas y circunscritas; á su objeto, porque este no es el de persuadir excitando la

imaginacion y las pasiones, sino el de convencer valiéndose de la demostracion y del raciocinio. Siendo la oratoria forense del género templado, como ántes se ha dicho, el estilo de los discursos é informes debe tener por caractéres generales la propiedad y la pureza, la claridad y la correccion, la concision y la energía, la precision y el vigor. El estilo del abogado ha de ser suelto y fácil para que pueda ser comprendido sin esfuerzo; grave y circunspecto para que no desdiga de la dignidad del tribunal á que se dirige; avaro de adornos y flores retóricas, para no perjudicar con especies extrañas al éxito de la cuestion ó interes que patrocina; por último, ha de ser templado y noble, mesurado y fuerte, natural cuanto exacto, nutrido de hechos y razones cuanto escaso de digresiones y circunloquios. Alguna vez, muy rara empero, podrá permitirse al abogado soltar un tanto las riendas de su imaginacion para animar un asunto sobrado árido, ó para aliviar por cortos instantes la fatigada atencion. De esta libertad, sin embargo, debe ser siempre muy avaro. Los jueces miran las más veces con disgusto, y siempre con desconfianza, un estilo demasiado brillante, florido y apasionado. Témis es una severa matrona, á quien regularmente sientan mal los atavios de las juveniles Gracias.

11.ª *y última Regla.* Finalmente, en los discursos forenses debe evitarse un vicio capital, tan frecuente y comun, que ya casi parece natural en el ejercicio de este género de elocuencia. Este vicio es la verbosidad, á la cual se acostumbran fácilmente los abogados, como no estén muy sobre sí, por el hábito de hablar y escribir de prisa y sin la preparacion suficiente. Y como á esto se agrega que las cuestiones forenses son propensas de suyo á las repeticiones, á la amplificacion, á la difusion, es fuerza estar muy alerta para no dejarse arrastrar por ese aciago é irresistible declive.— Conviene habituarse desde los principios á un estilo vigoroso, correcto y preciso; á un estilo limpio de exagerados epítetos, de inútiles rípios y de vagas circunlocuciones; á un estilo, en fin, que con pocas palabras exprese mejor un pensamiento que con la acumulacion de intrincados períodos. El hábito lo hace todo. Una vez adquirido el de hablar, como el de escribir, con limpieza y correccion, se convertirá en una manera natural, en vez de que, si llega á adquirirse el hábito de un estilo descuidado y verboso, serán inútiles los esfuerzos para sacudir semejante resabio, cuando la multitud de los negocios exija hablar ó escribir de repente ó con precipitacion. Reunidas estas condiciones, el estilo del foro puede lle-

varse á su último grado de perfeccion, si se logra guardar un discreto medio entre la pedantería de los términos legales y la afectacion de evitarlos. Dos escollos son estos en que naufragan muchas veces los abogados. Quién, por parecer profundo y erudito, hace de su estilo un verdadero mosáico de tecnicismos y locuciones facultativas; quién, por la inversa, para darse el aire de literato y hombre de fino tacto, sacrifica la propiedad y la precision de los términos de la ciencia. Ambos modos son vituperables. En el primero subordinamos al rigorismo de la terminología la claridad y la elegancia de la diccion; en el segundo posponemos á la gracia de la expresion la exactitud de las voces definidas por la ciencia y consagradas por el uso.

Debemos guardar un justo medio: usar de las palabras comunes cuando expresan suficientemente las ideas de la ciencia, y valernos de las locuciones de la ciencia cuando no bastan para significarlas las expresiones comunes. En todas las cosas el exceso y el defecto están divididos por un punto intermedio, más allá, ó más acá del cual nunca se encuentra la perfeccion:

Est modus in rebus: sunt certi dignique fines
Quos ultra, citra, nequit consistere rectum.

En estas reglas creo que pueden comprenderse, con corta diferencia, las condiciones más esenciales y precisas para la composicion y conducta del discurso forense. Otras muchas consideraciones, tan obvias como importantes, podria añadir á las que van referidas, si dispusiera de un tiempo más lato del que la costumbre tiene señalado á nuestras sesiones literarias, y si no temiera ademas abusar de la indulgente atencion que se dignan prestarme tantas personas de instruccion y capacidad. No obstante, antes de terminar me permitiré recomendar vivamente la necesidad de cultivar con empeño y constancia este ramo importante de la elocuencia pública, que por muchos se reputa como de un interes secundario y de puro adorno ó curiosidad.

El foro es la arena más frecuentada y palpitante de la vida civil; porque en el foro se resuelven todas las cuestiones concernientes á la hacienda, la honra, la libertad y la vida de los ciudadanos. El foro abraza todas las situaciones del hombre privado, desde la cuna hasta el sepulcro, desde las garantías materiales de la fortuna hasta las susceptibilidades morales del honor, desde los goces actuales de nuestra vida física hasta las futuras previsiones en favor de nuestra posteridad. No bien nace el hombre, el foro le to-

ma de su cuenta, y no lo abandona ni áun despues de haber bajado á su última morada. En el foro se discute y se falla sobre la legitimidad ó bastardía de su nacimiento, sobre su idoneidad ó incapacidad civil, sobre la validez ó nulidad de sus pactos, sobre la justicia ó la malicia de sus pretensiones, sobre la legalidad ó ilegitimidad de sus actos, sobre la bondad ó inmoralidad de su conducta, y por remate de tan tremendo y universal poder, sobre su derecho de vivir ó sobre su obligacion de morir. Regulador de la vida privada, el foro preside á las relaciones del hombre, considerado respecto á la familia, respecto de sí mismo, y respecto de los demas: oráculo de las diferencias individuales, asiste virtualmente á las alegrías como á los lamentos, á las esperanzas como á la desesperacion del hogar doméstico: símbolo viviente de la organizacion civil, garantiza la condicion del infante envuelto en los pañales, determina la capacidad del hombre para el ejercicio de sus derechos, y consagra las últimas voluntades del anciano al cambiar esta tierra de dolores por las regiones incomprensibles de la inmortalidad. El foro es el Paladium de los principios sociales; es la cifra material de la justicia abstracta; es la encarnacion de la ley!

El hombre en sociedad tiene tres géneros

diversos de intereses durante su vida mortal: intereses religiosos, intereses políticos é intereses civiles. Los primeros, que son los intereses eternos, tienen por maestros las instituciones religiosas, y principalmente el púlpito; los segundos, que son los intereses públicos, tienen por intérpretes los parlamentos, las corporaciones, y la prensa; los terceros, que son los intereses privados, tienen por órgano y por agente al foro.

El órden de intereses pertenecientes á la tercera de las expresadas categorías, es el más frecuente, el más numeroso, el más apremiante en la vida, el que exige detalles más minuciosos, el que más afecta todas las fases y condiciones de la existencia mortal. Nunca, pues, se insistirá demasiado en recomendar la más cuidadosa y esmerada preparacion á los que se han de consagrar á la custodia y defensa de tan importantes intereses, á los que han de ser los intérpretes y los órganos de tan respetables derechos.

Es opinion vulgar, y harto comun por desgracia en nuestro suelo, que el abogado no necesita más que ser buen profesor de jurisprudencia para llenar con éxito todas las condiciones de su noble profesion: lo es tambien que el estudio de las humanidades y la artística elaboracion de las composiciones destina-

das al foro son indiferentes al triunfo de las contiendas judiciales; y no falta quien crea, y hasta afirme con un aplomo admirable, que el abogado que cultiva las letras no es buen abogado, ó como dicen los mismos, no es un buen espada; por manera que, en el sentir de los que así piensan, la jurisprudencia y la literatura son enemigas por juro de heredad; y no como quiera enemigas, sino tanto, y en tan subido punto, que cuando las junta el acaso se tiran de las greñas como dos cortesanas que se disputan un mismo corazon.

No pensaba así por cierto el ilustre Jovellanos, ni el elocuente Campomanes, ni el insigne Moñino, esas nobles glorias de la española toga, esas lumbreras resplandecientes de la ciencia de las leyes, del arte de decir bien, de expresarse con dignidad y con gracia, de revestir los pensamientos con un lenguaje culto y persuasivo: la oratoria, en una palabra, fué y será siempre una condicion esencial y forzosa del abogado que se eleva á la altura de su mision, que comprende la importancia de su ministerio, y que no rebaja los graves deberes del consultor y del patrono á las mezquinas proporciones de un agente de negocios.

No trato de averiguar ahora de qué manera se pueden lograr más crecidos honorarios: esa no es cuestion de este momento, ni tampoco

de mi objeto: básteme proclamar lo que todos los hombres rectos y entendidos no dudaran afirmar conmigo, á saber: «que si la profunda comprension y completo dominio de la ciencia del derecho son la base principal de tan interesante profesion, como lo es para la pintura el dibujo y para la música las notas, el arte de pensar, cuya fuente es la filosofía, y el arte de decir, cuyo secreto se encierra en las humanidades, son el remate y coronamiento del perfecto abogado, bien así como el colorido completa la mágia del pintor, y el contrapunto perfecciona la educacion del músico.»

Hoy más que nunca es el foro la más fecunda de las carreras, y la abogacía la más segura de las iniciaciones á la vida pública. Consagrados los abogados á defender los derechos individuales, la fuerza del hábito y la similitud de la mision han hecho que en las naciones cuya forma de gobierno es representativa, los deleguen con preferencia los pueblos para defender sus intereses públicos.

¿Qué han sido, qué son, sino abogados, en Inglaterra, Chatham, Pitt, Fox, lord Brougham, Robert Peel, y esa larga série de primeros ministros, de célebres oradores, de grandes hombres de Estado, cuyo primer escalon fué el foro, el segundo la Cámara, y el tercero la suprema direccion de la más poderosa

nacion del orbe; en Francia, Martignac, Constant, Pasquier, Thiers, Molé, Berryer, Odilon Barrot, y tantos otros que, ya en el poder, ya en la oposicion, han elevado la tribuna francesa á la altura de las de Atenas y Roma, y manejado las riendas del Estado, con tanto vigor como Pericles y César, esos dos grandes oradores y estadistas de la antigüedad; en nuestra España, Martinez de la Rosa, Argüelles, Lopez, Castro y Orozco, Benavides, Cortina, Olózaga, Pidal, y esa numerosa cohorte de elocuentes jurisconsultos que han inaugurado en estos últimos años la tribuna española, y dirigido los negocios públicos con más ó ménos felicidad, pero siempre con el calor y la sinceridad del verdadero entusiasmo?

¿Qué han sido, vuelvo á decir, sino abogados todos esos ilustres oradores, que pasando rápidamente del aula al bufete, del bufete á la tribuna, y de la tribuna á la dorada silla del poder, han franqueado en un triple salto el espacio entre el retiro doméstico y las gradas del trono?

La palabra es el espejo del pensamiento. Si el espejo está empañado ó torcido, la imágen no se reproducirá con fidelidad. Los mejores pensamientos pierden su efecto, ó se comprenden con dificultad, ó pasan inadvertidos, cuando el lenguaje no representa bien

las ideas, cuando el arte no preside á su exposicion.

En todas las obras producidas por el ingenio del hombre, desde las operaciones más sencillas hasta las más elevadas concepciones, desde las más vulgares construcciones de la industria mecánica hasta los más complicados sistemas de la ciencia trascendental, han de concurrir, para que la obra sea perfecta en su género, dos condiciones esenciales, dos elementos necesarios, la idea y la forma. La idea es el pensamiento generador de la obra; la forma es el detalle artístico de su ejecucion. La primera es el trabajo visible del espíritu; la segunda es el resultado visible de sus operaciones. La una es la concepcion; la otra es el método. La idea sin la forma es el pensamiento infructífero y pasivo; la forma sin la idea es la apariencia estéril é impotente.

¿Quereis sólo la idea? Tendreis la aridez y el cansancio. ¿Quereis no más la forma? Tendreis el vacío y la nada. ¿Unís la forma con la idea? Tendreis el arte. El arte es, pues, la forzosa é indeclinable condicion de todas las obras del espíritu; las producciones destinadas al foro, no por ser de suyo graves y positivas, no por cifrarse en cuestiones de interes personal y material, no por estar circunscritas al inflexible círculo de las leyes y estatutos pú-

blicos, degeneran de su carácter de obras de ingenio, ni se emancipan de las sabias reglas adoptadas por el instinto infalible del buen gusto y el consentimiento unánime de las edades.

He aquí, señores, una parte de las ideas que me ocurren acerca de la elocuencia del foro. Mucho más podria adelantar; pero el tiempo destinado á estas sesiones literarias es poco, al paso que mi temor de fastidiar es mucho. Antes de concluir séame lícito protestar con toda la sinceridad de mi corazon, que estoy muy distante de creer que las ideas que he tenido el honor de exponeros esta noche, sean nuevas ni peregrinas para la mayor parte de mis comprofesores en el foro de la Habana, ni que á estos puedan aplicarse las observaciones que por acaso se encuentren en el discurso, y que han sido expuestas en un sentido genérico de puro dogmatismo elemental, sin ningun espíritu ó tendencias de aplicaciones locales. Honrado con la amistad de un gran número de letrados, me complazco en reconocer que hay muchos de quienes me seria lisonjero recibir lecciones en todos los ramos á que alcanza el dominio de la importante facultad de la jurisprudencia.

Al que esto confiesa con todo el candor de la conviccion más profunda, le será sin duda

permitido recordar la notable sentencia del príncipe de los retóricos y de los jurisconsultos latínos, en cuya opinion el orador, destinado á defender causas relacionadas con todo género de asuntos, debe estar instruido en todos los ramos de los conocimientos humanos. *Omnibus artibus et disciplinis instructus debet esse orator.*

El mundo avanza, el horizonte de las ideas y de los conocimientos humanos se extiende, y á proporcion que la luz se aumenta, se distinguen con más claridad los estrechos eslabones que unen la cadena inmensa de las ciencias, que todas son hermanas, todas solidarias entre sí, todas dependientes de un anillo comun, que es la verdad.

La jurisprudencia no puede permanecer estacionaria en medio del progreso universal; y así vemos que mientras que en todas partes la antorcha de la filosofía alumbra los pliegues del vestido santo de la ley, y se rehacen los códigos cubiertos con el polvo de los siglos, España tambien reconstruye el vetusto edificio de su legislacion civil y criminal de una manera conforme con los adelantos de la época, pero sin desperdiciar los elementos de sabiduría y de vida encerrados en los viejos códigos, monumentos eternos de la alta razon y de la profunda moralidad de nuestros mayores.

POESIAS.

Á GUADALUPE.

Hay mujeres que agradan al momento,
Que pintan su alma en solo una mirada,
Que llevan en su frente retratada
La mágia celestial del sentimiento.
Mujeres, cuyo encanto está velado
De la modestia entre el celage hermoso,
Cual se oculta entre el cesped oloroso
De la violeta el cáliz perfumado.
Mujeres, que el hogar y que el festin
Combaten á la vez por poseerlas;
En dorado salon preciosas perlas,
Frescas flores en rústico jardin.
Mujeres, que interesan sin saberlo,
Que fijan la atencion sin percibirlo,
Que arder ven el incienso sin sentirlo
Y elevarse á su altar sin conocerlo.
Iguales en los bienes y en los males,
Iguales en los gozos y en las penas,

Iguales en el trono y las cadenas,
En la ventura y la desdicha iguales.
Ángeles, que suavizan en el suelo
Del hombre duro la incesante guerra:
Ángeles, que consuelan en la tierra,
Y en su inocencia sueñan con el cielo.

Entre esas mujeres-ángeles
Ó esos ángeles-mujeres,
Guadalupe, el tipo eres
Del ángel y la mujer.
Que en tí, con estrechos vínculos,
Hermanó naturaleza
La virtud con la belleza,
Las gracias con el saber.
Dama en las fiestas espléndidas,
Artista en el gabinete,
Literata en el bufete,
Dulce y tierna en el hogar,
Te aplaude el salon magnífico,
Tu sien el arte corona,
Y el vate tu alma pregona
Que el amigo aprende á amar.
En los tiempos de la fábula,

La turba inhábil y ansiosa
Ó la sibila ó la diosa
Hubiera adorado en tí.
En la Grecia fueras sílfide,
En Roma vestal divina,
Para Osian una Malvina,
Para Mahoma una hurí.

Hoy que el mundo es helado y positivo,
Hoy que han muerto las plácidas ficciones,
Entre tantas perdidas ilusiones
Nos parece ilusion la realidad.
Al verte tan gentil como modesta,
Beldad tan dulce cuanto insigne artista,
En tí se fija mi anhelante vista
Y ficcion me parece la verdad.
Con la aguja tu mano pinta flores,
Con la pluma revela el sentimiento,
Con la tecla hace oir celeste acento,
Y al lienzo vida da con el pincel.
El cielo te formó: meció tu cuna
El ángel que meció la de Corina:
Mozart te dió su inspiracion divina,
Su paleta Van Dick y Rafael.

Mas esto poco fué. La virtud santa
Coronó tu belleza y tu talento,
Cual perfuma del bálsamo el aliento
La corola pintada de la flor.
¡Gracias, gracias al cielo, Guadalupe!
¡Gracias al Dios que te formó cual eres!
Yo, que he sido el cantor de las mujeres,
¿No fuera, Guadalupe, tu cantor?

CONSEJO A DOLORES.

Es dulce, noble y bello
Llorar con el que llora,
Dar bálsamo á sus penas
Y alivio á sus congojas;
Mas á su calma luego
Tranquila el alma torna,
Buscando los placeres,
Las risas y las bromas.
Así por la mañana
El cielo se encapota;
El huracan despliega
Sus alas tenebrosas;
Desátanse las nubes,
Los árboles se doblan,
Y el trueno ruge y brama,
Retumba y nos asorda.
Mas pasa la borrasca;
Naturaleza toda

Sonríe y se reviste
De sus galanas pompas.
  Tal es la humana vida,
Amarga y dulce copa
De néctar y veneno,
De miel y de ponzoña.
  Cual Dios hacerla quiso
Acéptala, mi Lola;
Ayer, llanto en los ojos;
Hoy, risas en la boca.
  La juventud gocemos,
Que tras fugaces horas,
Su rostro descarnado
La horrible muerte asoma.

EL JUEVES SANTO

DEL AÑO 1837,

EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO DE CUBA

PRIVADA DE SU CABILDO.

El solemne clamor de la campana
Rasga en vano la atmósfera de Cuba;
Es en vano que el puro incienso suba
Al trono celestial de la Deidad:
El templo, de ministros despojado,
En lugar de los himnos hondo llanto,
Silencio sepulcral en vez de canto,
Sólo ofrece en su triste soledad.

Y lanzada la paz de los hogares
De la casa de Dios huyó igualmente,
Y al rugido del déspota inclemente
Huyó la oveja, y el pastor huyó:
Y desierto el altar, desierto el lecho,
Cerrado el templo, y la ciudad temblando,

Gime Cuba al tronar del rayo infando
Que hirió á la oveja, y al pastor hirió.

Del cordero inmaculado
Hoy nadie anuncia la muerte:
Que el santuario está cerrado,
Y hasta el ministro sagrado
Espera la misma suerte
Del Señor crucificado.
Y su Madre adolorida,
Que mi dulce patria adora,
En otros años servida
Con la pompa más cumplida,
Hoy va la pobre Señora
Solitaria y deslucida.

Y los gemidos de la infiel Solima,
Y el amargo llorar de Magdalena,
Y el misterio profundo de la cena,
Y esa muerte en la cruz que al hombre anima,
Y ese Dios espirando en el tormento,
Y esos muertos del polvo revocados,
Y ese sol, y esos astros eclipsados,
Y esa tierra en medroso movimiento,
Y tanto amor, y maravilla tanta,

No resuena en la bóveda sagrada
Ni la anuncia á mi patria arrodillada
Del órgano la céntuple garganta.

Que una horrenda aparicion
Pasó por la patria mia,
Como pasa el nubarron
Que quita su luz al dia
Y al campo su animacion.
Y como en el templo santo
Paróse, al pasar, la nube,
Ya sólo se escucha el llanto,
Y ya no se entona el canto,
Y ya el incienso no sube.
Y como se reputaron
Sus ministros inviolables
Y al ídolo no incensaron,
A destierro los lanzaron
Calumnias abominables.
Y como la saña impía
Del tirano heló las almas,
Allí todo llora hoy dia:
Al pié de la cruz María,
Y Cuba al pie de las palmas.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORITA

CATALINA MILLAN.

Bello es tras la noche oscura,
Ver la aurora nacarada
Sobre la esfera estrellada
Su albo velo desplegar;
Y del sol entre los rayos
De carmin, oro y diamante,
Ver el disco fulgurante
Cielo y tierra iluminar.
Bella es la callada luna
Que en la umbrosa noche vela,
Y á los amantes revela
Mil pensamientos de amor.
Es bello el tierno capullo,
Cuando el calor va sintiendo,
Y sus hojas entreabriendo
Para convertirse en flor.

Bella es la dulce armonía
Del melodioso sonido,
Que vibra, y mueve el oido,
Que penetra el corazon.
Y es bello el azul del cielo,
Bello el verde de la tierra,
Bello, por fin, cuanto encierra
En su seno la creacion.

Pero tú!.... tú eres más bella,
Mil veces más, Catalina!
Tu alma celeste ilumina
La hermosura material.
Yo conozco mil hermosas;
Mas no conozco ninguna
Que á la física reuna,
Cual tú, la beldad moral.

Viniste al mundo en Europa
Capullo tierno y luciente,
Y luego en mi patria ardiente
Se desarrolló la flor.
Te dió España sus matices,
Cuba su brillo lozano,
Su frescura el sol hispano,
Su fuego el cubano sol.

Ángel mortal que en la tierra
Haces soñar con el cielo,
Para los tristes consuelo,
Para el vate inspiracion.
Ausente, en lejano clima,
Cuando el pesar me devora,
Tu mirada encantadora
Calma mi exasperacion.

A CATALINA.

ROMANCE.

Con la emocion más profunda
He leido, Catalina,
Las bellas composiciones
De Nieves, tu buena amiga.
Una, de la caridad
Los rasgos celestes pinta,
Su orígen divino enseña,
Y su eterno premio afirma.
En la otra su pincel
Traza tu imágen querida
Con colores inefables
Y con delicadas tintas.
Dos génios han inspirado
La mejicana poetisa:
La virtud, hija del cielo;
Tú, de las virtudes hija.

Si en la caridad un Dios
Refleja su luz divina,
Tú eres de esa gran virtud
La encarnacion más cumplida.
Bien haya la docta pluma,
Que sabe pintar unidas
Una virtud tan excelsa
Y una criatura tan linda.
No en vano ha nacido Nieves
Al pié de las altas cimas
De Iztaziual y Orizaba
Perpétuamente encendidas.
Allí bebió el fuego santo
Que alumbra su fantasía,
Y enciende su fácil musa
Y su ingenio fecundiza.
Tú sabes que, como nadie,
Te quiero yo, Catalina.
Mi afecto nació en la infancia
Para durar por la vida.
Juzga, pues, con qué placer,
Con qué indecible delicia
Te habré visto por la mano
De Nieves tan bien descrita.

La caridad y tú, juntas,
¿Sabes lo que simbolizan?
Son un bello original,
Y al lado su copia misma.
La caridad es el tipo
Que en la tierra tú realizas.
A entrambas os canta Nieves.
¡Por ello Dios la bendiga!

A MERCEDES.

I.

¡Eres bella y no lo sabes!
¡Eres discreta y lo ignoras!
Tus gracias encantadoras,
Menos tú todos las ven.
¿Quién no percibe en los prados
De la violeta el perfume?
Más ella en el césped sume
Su humilde y pintada sien.

II.

En vano el césped la encubre,
Que le hace traicion su aroma,
Y ve su cáliz que asoma
El curioso observador.
Y en el ramillete luego

El amante y el poeta
Cantan la tierna violeta
Y olvidan toda otra flor.

III.

Por ocultar tus encantos
Luchas en vano y no puedes;
que la modestia, Mercedes,
Fué siempre una gracia más.
Y aprende de la violeta
El misterio de tu suerte:
Que aunque quieras esconderte
Buscada siempre serás.

IV.

¿Te sonries y te burlas?
Razon tienes en burlarte;
La modestia en tí no es arte;
Es virtud, génio y candor.
Que como naturaleza
Dió su aroma á la violeta,

Así puso en tu alma quieta
Ese instinto encantador.

V.

Por eso interesa tanto
Tu dulce melancolía,
Y tan viva simpatía
Ejerces áun sin querer.
Por eso, cuando en tus ojos
Tu alma bella brillar veo,
En afirmar titubeo
Si eres ángel ó mujer.

VI.

Ángel ó mujer ¿qué importa?
Siempre será igual tu suerte.
Mujer, habrán de quererte;
Ángel, darte adoracion.
Que bien mujer, ó bien ángel,
Será tu paso en el mundo
El surco claro y profundo
De ardiente constelacion.

VII.

Atravesarás, cual ella,
El desierto de la vida
Tal vez sin ser comprendida,
Sin ser notada tal vez.
Porque de las almas tiernas
El sublime sentimiento
Rara vez halla alimento
De este mundo en la aridez.

VIII.

En cuanto á mí, cuando un dia
Torne á Cuba su poeta,
De Merced y la violeta
Por siempre me acordaré.
Y tus gracias y tu encanto,
Y tu dulzura y tu calma,
Á la sombra de una palma
En mi laud cantaré.

MI CUMPLEAÑOS.

Pasaron treinta y siete primaveras
Sobre mi frágil ser, y en pos pasaron
La infancia y sus solaces, y los goces
De ardiente juventud, que prestó luego
Sumiso oido á la razon severa.
¿Quién tan dichoso fué cual yo lo he sido
En mis primeros años?—Ángel dulce
De virtud y de amor, mi tierna madre
Á sus pechos nutrió mi endeble cuerpo,
Mostróme, aún niño, de virtud la senda,
Y su encanto inefable. Cuidadosa,
Enseñóme á adorar al Ser Supremo,
Me reveló su gloria y su clemencia,
Y su sublime historia, y de su muerte
El misterio profundo é incomprensible.
Yo la escuchaba estático. Mis ojos
De Bethlen hasta el Gólgota seguian
Á la deidad mortal; y si miraba

En el templo la imágen de María
Y el niño en su regazo,
Mi cerebro infantil asemejaba
Á la madre de Dios la madre mia.
¡Oh! ¡Cuánto es dulce del hogar paterno
La cariñosa sombra! ¡Cuál las horas
Pasan fugaces, sin sentir la vida!
Ora ocupado en infantiles juegos
Ó en severa leccion; ora arrobado
Al vibrar de las teclas misteriosas
Del órgano pausado
Cuando alternan los lúgubres lamentos
Del bardo de Judá con la salmodia
Del rey profeta; ó ya tambien llevando
Pan y vino al altar, do el sacerdote
Renueva del sublime Nazareno
La cena postrimera; ó contemplando
Del Yaque undoso en la corriente rauda
Los jóvenes nadar; y la argentada
Superficie diáfana del rio
Reflejar de la luna el blanco rayo
De luz movible en sus oscuros surcos:
Tal fuera mi niñez. Tambien entonces
Fatal discordia en mi país ardía,

Y la sangre francesa y la española
Empapaban los campos encantados
De la aurífera Haití, dó el africano
De tez tostada «libertad» gritando,
La libertad buscaba envuelto en sangre.
Mas sus furores yo no comprendía,
Y con leda sonrisa contemplaba
Al implacable negro que quemaba
De su señor la habitacion umbría,
Y en el cañaveral que cultivaba
El tizon encendido sacudía.

Luego á forzada emigracion la suerte
Mi vida encadenó. No más un lustro
Pasado por mí habia,
Y ya era fuerza abandonar la patria,
Y la ribera en que el sonoro Yaque
Revuelve el oro entre su azul arena;
Y, eterno adios diciendo al suelo haitiano
Librado á la discordia, al fuego, al hierro,
Del patrio hogar partir, y en el cubano
Nueva suerte buscar en el destierro.
¡Ah! ¿Qué dije? ¿Destierro? No: perdona,
Perdona una y mil veces, tierra cara

De ventura y placer; perdona á tu hijo,
Á tu hijo de adopcion, esa palabra,
Que al tiempo mismo de escaparse al labio
Mi agradecido corazon retracta.
No fué Cuba la tierra del destierro:
No lo fué para mí. Bajo su cielo
Sereno, encantador, abrióse mi alma
Á la razon, á la verdad. Mi cuerpo,
Endeble y flaco en la primera infancia
Desenvolvió los gérmenes de vida,
De salud y vigor. En los arcanos
Mi mente penetró de la alta ciencia,
Y el sol que alumbra los cubanos campos
Á torrentes vertió su eterno fuego,
Su luz eterna á mi agitado pecho.
Sentí y amé.....

Cual vibra omnipotente
Sobre la ardiente Cuba el sol sus rayos,
Y á su intenso calor brotan del suelo
Los sutiles aromas del tabaco
Y del café la esencia vaporosa;
Así de mi alma nueva
Penetró la invisible inteligencia

Y produjo pasiones y deseos,
Y la sed del saber; y quise ansioso
Penetrar su secreto inescrutable
Á la naturaleza; y fué mi vida
De amor y ciencia misteriosa mezcla,
Ilusion de virtud, sueño de gloria,
Eden risueño y bello, semejante
Á los fértiles llanos de mi patria,
Dó rueda Cáuto su corriente undosa
Y ledo el negro su feliz cabaña
Fabrica con la palma, y majestuosa
Sus penachos en flor alza la caña.
¡Oh! Nunca como ahora, las llanuras
De mi Cuba adorada,
Y de sus montes la azulada cresta
Alfombrada de cedros y palmares,
Sonrieron á mi ardiente fantasía.
¿Qué me importan alcázares dorados
Que embalsaman pebetes orientales,
Ni mágicas cascadas, ni museos,
Ni encantados jardines, que entre vidrios
Las florecidas plantas aprisionan
Y usurpan á natura su alto imperio?
La Europa ¿qué me importa? Yo la he visto

Esta clásica Europa, dó las artes
Asentaron su imperio perdurable.
Mis ojos vieron la ciudad de Alcides,
La reina del Estrecho levantarse,
Nueva Venecia, entre las bravas ondas.
Yo he visto las ciudades populosas,
Asiento caro al musulman un dia,
Y cuando la mezquita contemplaba
De mil columnas, la memoria mia
Los palmares de Cuba retrataba.
Yo ví la Mancha y su desierto inmenso
Cuando el sol en su zénit lo alumbraba,
Y el sol de Cuba recordé, que intenso
En sus verdes sabanas reflejaba.
Las antiguas ciudades ví en Castilla
Y sus torres tostadas por los siglos,
La mansion de sus reyes y sus tumbas,
Y de sus gigantescas catedrales
Esconderse en las nubes las agujas.

Mas ¡ay! que al cabo, de mirar cansados,
Mis ojos sin cesar tórnanse á Cuba;
Y Cuba está escondida en los confines
De los remotos mares de Occidente,
Allá en la rubia, esplendorosa zona

Dó el verde esmalta en el invierno el suelo,
Dó siempre luce el sol, dó nunca hay frio,
Ni el palpitante pecho y ledo brazo
La indolente beldad tapiza en lana.
¡Isla de los encantos! ¡Patria mia!
¡Tierra amada del sol!—¡Ay! quien te adora
Con inquieto mirar te busca en vano,
Como el griego á la Delos fugitiva,
En el hondo desierto de Oceano.

Dado me fuera en el corcel fogoso
Volar por las sabanas ondulantes
Ó por el valle que la caña esmalta,
Ó la escarpada sierra, en que el cafeto
Trepa, en Octubre, madurando el grano
Igual á los corales encendidos.
Dado me fuera, en la movible hamaca,
Colgada al liso tronco de la palma,
Ó del coco lactífero á la sombra,
Oir la voz de sus arroyos raudos,
Y escuchar los gemidos del sinsonte,
Cantor sublime de la patria mia,
Ó la brisa del trópico caliente,
En la hora estival de medio dia.

Dado me fuera de mi sábio padre,
De Dios la imágen para mí en la tierra,
Escuchar los preceptos sacrosantos
Que, inculcando á mi infancia las virtudes,
Mi juventud de vicios preservaron;
Y en su cana cabeza, fiel semblanza
De las nevadas cumbres de los Andes,
Tanto más blancas cuanto más cercanas
De la deidad al encumbrado asiento
El beso santo de filial afecto
Humildoso imprimir.—Tal vez hoy dia
Recuerda que nació su primer hijo,
Y lo llora proscrito y desterrado,
Sin crímen, sin razon. Pero su sombra
Do quier me sigue, y su virtud me guia
Y, á su ejemplo, la odiosa tiranía
Ni á mi alma apoca, ni á mi pecho asombra.

Y tú, criatura celestial, que uniste
Tu suerte, á quien fortuna sonreía,
Con mi suerte sin gloria y sin ventura;
Tú, que bella sin par, bella entre todas
Las bellas de mi patria, preferiste
El jóven sin riquezas y sin nombre

Que sólo te ofrecia
Un corazon de fuego, una alma hambrienta
De amor, de ciencia, de virtud, de gloria;
Ángel encantador, esposa mia,
Ilusion de los cielos, sueño hermoso
De mi primera juventud. ¡Oh! ¡Cuánto
Tu intenso padecer destroza mi alma!

El déspota implacable que despuebla
Nuestra risueña patria, y la trasforma
En un vasto presidio, y diezma insano
Su juventud en flor, y no respeta
Ni blancas canas, ni elevada cuna,
Ni servicios, ni mérito, ni rango,
Ni virtud, ni dolor: ese me veda
Á tus brazos volar. Yo lo maldigo!!!
Él me arrancó de tus amantes brazos,
Á tí de mi ternura, á nuestros hijos
Del paternal abrigo, y á mis padres
Del hijo caro en sus ancianos dias.

Funesto á Cuba, más funesto á España
Despiadado impolítico, tirano,
Contra el cubano al español ensaña,

Y contra el español lanzó al cubano.
Es ley su voluntad—siempre frenética;—
Juicio su conviccion, fallo su arbitrio;
No se depura el hecho en un proceso;
El crímen no precede á los castigos.
De la hollada justicia el eco santo
La delacion y la calumnia usurpan;
Y el rostro virginal velando, Témis
Espantada y llorosa huye de Cuba.
¡Maldicion! ¡Maldicion! en mi despecho
Repito sin cesar; y los consortes
De mi destierro ¡Maldicion! exclaman;
Y ¡Maldicion! con doloroso acento
Torna el eco de Cuba en las montañas.

Esposa idolatrada,
Política inhumana entre nosotros
Eleva valladar, profundo, inmenso,
Como el mar insondable que separa
Del antiguo universo el Nuevo Mundo.
Lloras tú, lloro yo, lloran mis hijos,
Y en el crudo huracan de mi destino
Mi fortuna naciente sumergióse.
Reposo, porvenir, hacienda, gloria,

Todo hundióse ante mí. Sólo me queda
Lo que al hombre no quita la desgracia,
Lo que el poder no puede arrebatarle,
La conciencia, el honor.—Cuando el destino
Nos priva de los bienes materiales,
Réstanos del amor el bien divino
Y de virtud los goces inmortales.

1837.

A LA MUERTE DE MI AMIGO

Y CONDISCÍPULO

DON JOSÉ MARÍA HEREDIA.

¡Se cumplió su mision sobre la tierra!
La tierra oyó su apasionado canto:
La tierra vió su inextinguible llanto:
La tierra compartió su padecer.
¡Cantar, gemir, sufrir!—Triple corona
Del poeta á la frente destinada,
De espinas agudísimas orlada,
Para clavarse en su doliente sien.
¡Cantar, gemir, sufrir!—Triple contraste
Que el vate explica en su armonioso acento,
Sublime trinidad del sentimiento,
Triple fuente de eterna inspiracion.
¡Cantar, gemir, sufrir!—Esta es la vida:
Esta fué su mision. Cantó á natura,
Al amor, á la patria y la hermosura,
Y la santa virtud y la razon.

Lloró del hombre los errores tristes,
El frívolo anhelar, el egoismo,
El desconsolador escepticismo,
La horrenda duda y la incredulidad.
Sufrió el peso fatal de la injusticia,
La vil calumnia envenenó su vida,
Y su excelsa virtud fué combatida
Por la torpe ignorancia y la maldad.
Y, gimiendo en los bosques de la patria,
Sublime ruiseñor del Nuevo-Mundo,
A su acento fatídico y profundo
El eco de la patria respondió!
Y, cantando en su plácida agonía,
Cubano cisne en la suprema hora,
De virtud y saber la nueva aurora,
Que en la patria despunta, saludó.
Y cantando y gimiendo entre raudales
De armonía, de amor y de ternura,
Encendido Querube, su alma pura
Batió las alas, y voló al Señor.
Y Anahuac quedó huérfano. Y su patria,
Tierra de los perfumes y vergeles,
De verdes palmas circundó y laureles,
En vez de sauces, su final mansion.

¡Sublime Heredia! Tú escuchas
Desde tu inmortal asiento
El dolorido lamento
Del amigo en la niñez;
Del amigo que te viera
En la orilla del Ozama
Nutrir la divina llama
Que al fin devoró tu ser.

Aún me acuerdo. Un doble lustro
Por tí pasado no habia:
Aún llegado no era el dia
De la razon para tí;
Y anticipándose el genio
Al estudio y la experiencia,
Tu asombrosa inteligencia
Revelaba el porvenir.

Adulto yo, al contemplarte
Copiar casi niño á Homero,
Creia ver el choque fiero
De Aquiles y Agamenon.
Y frente á las griegas naves,
Y de Príamo á los gemidos,
Entre llamas y alaridos
Hundirse la sacra Ilion.

Y, cabe el derruido muro,
Alzado el caballo inmenso,
Griegos, lanzas y humo denso
De sus flancos vomitar.
Y los dioses del Olimpo
Luchar en la arena ardiente
Y, al mover la adusta frente
El alto Jove, temblar.

Viérais entonces al vate,
Viérais al niño estupendo,
Cielo y tierra recorriendo,
Tierra y cielo describir:
Viérais su infantil semblante
Alumbrarse de repente,
Y en su ancha y morena frente
Los negros ojos lucir.

¡El genio! ¡El genio! Miradlo
Cómo la ciencia adivina:
No hay maestro, no hay doctrina,
El genio es la inspiracion.
El genio abrevió su vida,
Que el genio es la calentura
Que la fibra humana apura
Cuando alumbra á la razon.

Tú cantaste la espléndida carrera
Del sol de nuestros climas, que encerrado
En la zona flamígera, vertiera
Sobre la faz del orbe iluminado
Sus prolíficos rayos. Tras la huella
Del padre de la luz, tú viste alzarse
La verde copa de la palma bella,
Y de su centro esférico lanzarse
La flecha derechísima, cual sube
De Roma en las basílicas sagradas
El majestuoso dombo hasta la nube
Con su aguja ó sus cruces bronceadas.
Tú cantaste, el primero, la natura
De la tórrida zona, el fresco ambiente
Bajo un cielo de fuego, la verdura
Esmaltada, eternal, resplandeciente,
De la reina gentil de las Antillas;
Sus piñas, sus aromas orientales,
Y el néctar de sus cañas amarillas
Convertido en melíferos cristales.
¡Y el mundo de Colon no fué un desierto!
Tuvo el bosque su voz, la suya el llano,
Su murmullo el arroyo, y su concierto
El pardo ruiseñor americano,

Y la flor reveló su gallardía,
Y el mar caribe su onda mugidora,
Y los cedros su bíblica osadía
Y el huracan su voz atronadora.
Y entre espumas, fragor, diluvio y trueno,
Del Niágara rugiente en la ancha boca,
Te vió el mundo, de asombro y susto lleno,
Tu arpa triste pulsar en la alta roca.
Y el orbe de Colon, la voz alzando,
«Es mi poeta,» dijo. Y la alta idea
Del nuevo, el mundo antiguo confirmando,
«Poeta,» repitió. «Él pinta y crea.»

Bello es pintar á fe; crear es bello,
Bello es trazar con la flexible pluma
La luz variable y vaga de la aurora,
Del astro el primer fúlgido destello,
El rayo que se escapa entre la bruma,
Y la alta cresta que ese rayo dora.
Bello es pintar del verde papagayo
Las alas de carmin y el pecho de oro,
El tornasol del colibrí zumbante,
El jazmin del café brotando en Mayo,
Y el ruiseñor que en el volátil coro

El aire hiende con su voz triunfante.

Bello es crear en Corina
La lira que canta á Italia,
Y so la tosca sandalia
De penitente heroina
La ardiente vestal de Idalia.
Bello es el afan que encierra
De lo infinito el anhelo,
Del genio el jigante vuelo.
¡Bello es crear en la tierra
Las ilusiones del cielo!

¡Tú pintaste y creaste! Su paleta
Natura te confió: su antorcha el genio.
Es pintor, cuando crea, el gran poeta,
Es creador, cuando pinta, el grande ingenio.

Mas ¡ay! cuando de ese mundo
Que creó tu genio fecundo
Descendiste al cieno inmundo
Del mundo cierto y real:
Cuando viste á la alta ciencia
Doblada por la indigencia,
Pedir socorro y clemencia

Á la ignorancia brutal;
Cuando las virtudes gimen,
Cuando los malos oprimen,
Cuando en su antro ruge el crímen
Erguido, amenazador,
Entonces tu musa llora,
Y al Ser infinito implora,
Y de tu arpa gemidora
Se alza el himno del dolor.
Himno fatídico y santo (1)
Dulce y cadencioso llanto,
Solemne y lúgubre canto
Vision de la eternidad.
Himno que vibra en el suelo
Cual voz sublime del cielo;
De esperanza y fé el consuelo
Derrama en la humanidad.
Cantor del moderno mundo,
Y del Niágara iracundo,
Te convertiste en profundo
Poeta del corazon:
Pintor del bosque y las flores,
De la luz y los colores,

(1) El himno del *Desterrado*.

De los humanos dolores
Penetraste en la region.
  Y allí en el caos sombrío
De la mente del impío
Viste tú su orgullo frio,
Su soledad y pavor:
Y viste allí en la inocencia
La dicha de la existencia,
Y del malo en la conciencia
Los tormentos y el terror.
  Y allí, entre bienes y males
Revelaste á los mortales
Los destinos eternales
Que aguardándolos están;
Y al darte el adios postrero
Te proclamó el mundo entero
Cual vate, rival de Homero,
Cual bardo, rival de Osian.

Poeta encantador, bardo sombrío,
Hora en la gloria á dó te alzó tu fe,
Tu morada inmortal! ¡Del pecho mio
El velo rasga, y vé cuanto te amé!

¡Sí, yo te amé! Del impetuoso Ozama
En la azotada orilla, un tiempo honor
De la aurífera Haiti, tu infantil llama
Á mi alma nueva trasmitió su ardor.
¡Sí, yo te amé! Del infortunio el viento
Al soplar rebramando sobre tí,
Á tu oido llevó mi amigo acento
Y tu penar inmenso compartí.
¡Sí, yo te amé! Tus cantos inmortales
Fueron siempre mi encanto y mi solaz,
Luz de amor en la noche de mis males,
Voz de amigo en mi larga soledad.
¡Adios, adios!.... Tu cuerpo está en la tierra,
Tu alma inmortal en el empíreo está:
Aquí una piedra tu sepulcro cierra,
Allí te abre su gloria Jehová.
¡Cantar, gemir, sufrir! Esta es la vida.
Sufrir es la virtud.—La eterna luz
Al que sabe sufrir está ofrecida.
¿Quién al hombre salvó?—Sólo la Cruz.

1839.

ADAN Y EVA.

¡Miradlos á los dos el primer dia!
Despues que el cielo y tierra, y mar turgente,
Y astros, y aire, y luminar fulgente
Surgieron al acento del Creador.
¡Miradlos á los dos!—Embelesado
El hombre con su noble fortaleza,
La mujer embebida en su belleza,
Y embriagados de luz y amor los dos.
¡Contemplad cuál se miran! Al principio
Tímido el hombre, la mujer confusa,
Ni de su innata audacia el hombre abusa,
Ni abusa de su astucia la mujer.
Mas tórnanse á mirar.—Y á breve rato
Ya trisca y salta la pareja amiga.
Amor les dió la vida; amor los liga.
Miradlos juguetear en el Eden.
Ambos eran entonces inocentes:
Para amarse los dos no más vivian:

Y sus pechos unísonos latian
Á la tronante voz de Jehová.
«Adan,» le dijo Dios, «ella es tu carne;»
«Eva,» le dijo Dios, «él es tu guia.»
Y el eco en lontananza repetia
Las palabras de Dios y las de Adan.

¡Salud, salud! Pareja
Del cielo bendecida;
Un Dios te da la vida,
Un Dios te da el amor.
Por tí de verde y oro
La tierra se reviste;
Por tí de aromas viste
Su corola la flor.
Por tí los peces nadan,
Por tí las aves vuelan,
Por tí los astros rielan
Del zénit al nadir.
Exenta del pasado,
Gozando del presente,
Gozar eternamente
He aquí tu porvenir.
Y á la inmortalidad

Unida tanta suerte,
Ni ves venir la muerte,
Ni el tédio, ni el dolor.
¡Salud, salud! Pareja
Del cielo bendecida;
Un Dios te da la vida,
Un Dios te da el amor.

En giros tortuosos la oculta serpiente
Deslízase en tanto del árbol de vida:
Á dulce coloquio la jóven convida;
Eva condesciende, que el sexo es locuaz.
La fruta del árbol vedado le ofrece;
La vida y la ciencia prométele en ella.
La mujer se rinde; rendirse es su estrella,
Por más que se precie de astuta y sagaz.
Del bien y la vida, del mal y la ciencia,
Gustada por Eva la trágica fruta,
Á Adan insta y ruega, conjura y disputa.
Él la come al cabo. ¡Venció la mujer!
El cielo se nubla; retumban los truenos;
Los mares se encrespan; la tierra se agita;
Rebélase el bruto; la flor se marchita.
¿Dónde Adan y Eva se habrán de esconder?

Atónitos ambos se miran desnudos;
Vergüenza les causa su misma inocencia;
Que es fruto primero de la amarga ciencia
Graduar como ménos lo que vale más.
«Adan, Dios le dijo, pecaste á sabiendas.»
«Eva, Dios le dijo, serás castigada:»
«Salid del eden.»—Del ángel la espada
La puerta les cierra por siempre jamás.

¡Anatema! ¡Horror! ¡Pareja
De los cielos maldecida!
El Dios que te dió la vida
Te deja sólo el amor.
Por tu culpa está la tierra
Tendida de escarcha y hielo;
Por tu culpa está del cielo
Ennegrecido el albor.
Por tí se rebela el bruto,
Por tí los pájaros huyen;
Y al cielo sombras circuyen
Desde el zénit al nadir.
Envidiosa del pasado,
Descontenta del presente,
Padecer eternamente

Es sólo tu porvenir.
Y á los dos guarda la vida,
Como anuncio de la muerte,
Al hombre el trabajo fuerte,
A la mujer el dolor.
¡Anatema! ¡Horror! ¡Pareja
De los cielos maldecida!
El Dios que te da la vida
Te deja sólo el amor.

Fruta odiosa y fatal. Desde ese dia
El hombre y la mujer se trasformaron,
Y la túnica santa abandonaron
Para vestir la piel del tentador.
El hombre, en vez de celestial instinto,
Adquirió para sí la estéril ciencia;
Y la mujer, perdiendo la inocencia,
Encontró en su lugar sólo el pudor.
Pero ciencia y pudor, ¿qué son en cambio
De los altos tesoros que perdieron,
Y de las esperanzas que murieron
Al desobedecer á la Deidad?
¿Qué es la ciencia?—Un amargo desengaño.
¿Y el pudor?—Un instinto de recelo.

Pudor y ciencia sólo son un velo
Interpuesto entre Dios y la verdad.
Hambrienta de los goces infinitos,
El alma necesita otro alimento.
Entonces vino el arrepentimiento,
Y con él la esperanza vino en pos.
En ellos buscan la mujer y el hombre
De su estado anterior la remembranza.
Que el arrepentimiento y la esperanza
Fué el solo bien que les dejara Dios.

¡Salvacion, salvacion! ¡Oh pareja,
De tus crímenes ya arrepentida!
Ese Dios que te acorta la vida,
Te la endulza con darte el amor.
Y la tierra que en sangre empapaste,
Y que en cambio engendrábate abrojos,
Fecundada al llorar de tus ojos
Te devuelve sustento y vigor.
Y los brutos rebeldes encorvan
Ante tí las cervices osadas;
Y penetran tus nobles miradas
Desde el zénit al negro nadir.
Y por entre las zarzas del mundo

Recorriendo tu senda igualmente,
El amor te encadena al presente,
La esperanza y la fe al porvenir.
Y el amor, y la fe, y la esperanza,
Trinidad de la dicha en la tierra,
Dulcifican el tédio que encierra
La alma humana rendida al dolor.
¡Salvacion, salvacion! ¡Oh pareja,
De tus crímenes ya arrepentida!
Ese Dios que te acorta la vida
Te la endulza con darte el amor.

Eva la fruta comió,
Y Adan, por obedecella,
Á Dios desobedeció.
¿Quién de los dos cometió
Mayor crímen? ¿Él ó ella?
Culpa el hombre á su mitad;
Ésta, en cambio, al hombre acusa,
Y en mútua contrariedad,
Él su complacencia excusa,
Y ella su curiosidad.
Yo digo, empero..... los dos
Juntamente delinquieron;

Ambos la fruta comieron;
Por eso del yerro en pos
Castigados ambos fueron.
Si tremendo fué el delito
No fué el castigo menor;
Que el hombre, do quier proscrito,
Un estigma de dolor
En la frente lleva escrito.
¡Ay del hombre que ha nacido!
Nacer no es más que caer
Sobre un lago corrompido,
Cuyo cieno ennegrecido
El que nace ha de beber.
¡Ay del hombre que ha vivido!
¡Vivir no es más que rodar
Entre un grito y un gemido!
¡Al nacer un alarido
Y un supiro al espirar!....

Aunque grite la razon,
Uno y otro han de caer
En la antigua tentacion;
El hombre por ambicion,
Por vanidad la mujer.

Que él es duro..... Ella orgullosa;
Él soberbio..... Ella tirana;
Él brusco..... Ella misteriosa;
Él abierto..... Ella curiosa;
Él altanero..... Ella vana.
La pareja arrepentida
Mil y mil veces caerá;
Y la primera caida
De una y otra repetida
Seguro indicio será.
Que el hombre, si bien valiente,
Es poco perseverante;
Cuando es sábio, no es prudente;
Y si el mal ajeno siente,
Del bien propio es más amante.
Y aunque es dulce la mujer,
Tierna, heróica y delicada,
En pos de cualquiera nada
La verás siempre correr
Como mariposa alada.
Esa fué la maldicion
Del Omnipotente Sér.....
Que fuese en su eterna union
Altivo y duro el varon,

Tierna y vana la mujer.
  Por eso el hombre se agita
En perpétuas tempestades,
Y su vida precipita,
Y con sangre y fuego escrita,
Su historia está en las edades.
  Y al contrario, la mujer
Sabe, con arte profundo,
Del freno al hombre tener;
Y aunque finge obedecer
En silencio manda al mundo.
  En su loca vanidad
El hombre se juzga rey;
¡Donoso cetro en verdad,
Que de la mujer la ley
Lo quiebra á su voluntad!
  Ambos ejercen un mando:
La mujer manda *riendo*,
El hombre manda *gritando*.
Goza el hombre con estruendo,
La mujer goza callando.
  Así los dos van viviendo;
Ella padece cantando
Cuando él rabia padeciendo;

III

Ella reina *obedeciendo*,
Él obedece *reinando*.
Ruge iracundo el varon;
Mas un suspiro ligero
Le desarma el corazon;
Que el hombre se cree leon
Y es sólo manso cordero.
Así lo dispuso Dios;
Así su suerte lo quiso,
Cuando de su culpa en pos,
Fueron por su mal los dos
Lanzados del Paraiso.
Bien con risa, bien con lloro,
Cumplen ambos su condena;
Y siendo comun la pena,
Sea de hierro, sea de oro,
Los dos cargan su cadena.
Para hacerla más ligera
Dios les ha dado el amor,
Y sólo así consiguiera
Tornar dulce y llevadera
Esta vida de dolor.
Así digo siempre yo
En mi eterno cavilar.....

«Más que saber, vale amar.
»La ciencia al hombre perdió,
»El amor lo ha de salvar.»

¡Y amor lo salvará! La humana suerte
Por las manos de amor está tejida.
Él enciende la antorcha de la vida,
Él alumbra las sombras de la muerte.

A GERTRUDIS GOMEZ

DE AVELLANEDA.

Incierta y débil, saliendo de la cáscara,
Implume el ala, sin fuego en el mirar,
Apenas nace, y por los espacios diáfanos
La águila altiva se apresta ya á volar.
La ve el insecto, la ve el inmundo réptil,
¡Oh, que no es ella! Los dos diciendo van.
¿Do están las plumas con que ha de hender la
[atmósfera?
¿Do están las garras? ¿Do el pico de metal?
La águila en tanto, sobre la tierra alzándose,
Sus férreas garras, que chispas brotan ya,
Clava en los flancos del rayo y del relámpago,
Y al sol, inmóvil, contempla su ojo audaz.
Y á insecto y reptil, que de su vuelo intrépido
Miden la altura con infructuoso afan,

Vuélvese audaz, y entre las nubes fúlgidas
La frente esconde con régia majestad.

Tal fué, Gertrudis, tu vuelo,
En el campo del saber;
La águila se alzó del suelo,
Y no pudo ya hasta el cielo
Su carrera detener.
Naciste predestinada,
Arcángel lleno de luz,
Para revivir osada
La gloria casi olvidada
De Teresa de Jesus.
Como el suyo un tiempo, ahora
Alumbra á España tu ingenio;
La cubana pensadora
Y la abulense doctora
Son las gemelas del genio.
En sus sublimes alturas
Las dos, con igual largueza,
Bebisteis las ondas puras;
Teresa en las escrituras
Y tú en la naturaleza.
Que si la Biblia ilumina,

La razon no es lumbre vana;
Una ley de otra es hermana;
La humana es casi divina;
La divina es casi humana.
Polos de luz celestial,
Por rumbo inverso, las dos
Llegan á un término igual;
Porque la ley natural
Es tambien la ley de Dios.
Por eso, de orgullo llena,
Á sus dos hijas preclaras
Alza España en doble arena:
Santa Teresa en las aras,
La Avellaneda en la escena.
Que aunque en siglo separado
Al mundo las vió venir,
Gemelas las ha nombrado.....
Para el genio no hay pasado,
Presente, ni porvenir.

Sí, que el genio á la nada en sér trasforma;
El sér es, cuando el genio dice: sea;
Él es su propia luz, su propia norma.
Brota en su seno la inmortal idea;

Salta á su acento la escondida forma,
El genio es como Dios. ¡El genio crea!

Tú eres ~~mi~~ un genio,
Mujer espléndida;
Tú eres la síbila
De nuestra edad.
De tu alma boca
Salen oráculos,
Que el mundo atónito
Corre á escuchar.
La Pitonisa
Desde la trípode
Era la intérprete
De un falso Dios;
Del sentimiento
Tú eres el órgano
Que al pueblo ibérico
Pone en accion.
Tú la novela
Vuelves científica;
La musa trágica
Renace en tí;
La uncion del drama,

La fuerza cómica,
El estro lírico
Tú haces oir.
  Tú eres poeta,
Tú eres filósofo;
Tú brotas cánticos,
Tú arrojas luz.
  Todos los tonos,
Todos los géneros,
Todos los símbolos
Recorres tú.
  Bendita seas,
Mujer espléndida,
Que eres oráculo
De nuestra edad.
  Bendita seas,
Cubana síbila,
Que el mundo atónito
Corre á escuchar.

¿Y pude yo desconocer la huella
Del genio revelado en tu mirar?
¿Pude no ver en la infantil doncella
Mas que la aurora de mujer vulgar?

Sí, te desconocí, me acuerdo.—Un dia
Ví de tus versos el naciente albor;
Y á tu tímida prosa sonreía
Con un gesto de duda ó disfavor.
¡Vergüenza para mí, que me olvidaba
Que Roma oyó silbar sin compasion
Los versos con que Horacio se estrenaba,
Como Escocia los versos de Byron!
¡Vergüenza para mí! Que tú subiste
En tanto que acá abajo quedé yo.....
Inclinóse á la tierra el cisne triste
Y el águila hasta el cielo se elevó!
¡Gloria á tí! ¡Gloria á tí! Mujer divina,
Hija encendida del cubano sol;
Tú, cuya frente eléctrica ilumina
De la inmortalidad el arrebol.
¡Gloria á tí! ¡Gloria á tí! Mujer sublime,
Del Tínima feliz flotante flor;
Tú, cuyo plectro melodioso imprime
Al antiguo universo un nuevo ardor.
¡Gloria á tí! ¡Gloria á tí! Mujer hermosa,
Idolo excelso del cubano altar,
Hoja sin mancha de la indiana rosa
Perla sin precio del caribe mar.

En tu cuna los ángeles danzaron:
Por verte alzó la noche su capuz,
Y los cisnes del Tínima cantaron
Al brillar en tu faz la etérea luz.

Te dió sus ojos la gentil gacela,
El trópico su fuego engendrador,
El sinsonte su dulce cantinela
Y su audacia terrífica el condor.

Tú sientes con el ánima del Tasso,
Tú creas con el estro de Maron,
Tú pintas como pinta Garcilaso,
Tú escribes como escribe Calderon.

Ora desciendas al profundo abismo,
Ora subas al trono celestial,
Tu genio permanece siempre el mismo,
Inmenso, inimitable, original.

—¿Dónde ha nacido?—Se pregunta el orbe.
¿Quién la ha enseñado?—Torna á preguntar.
¡¡¡Nadie!!!!..... Que el genio al universo absorbe:
No es su instinto aprender, sino inventar.

Ese es el tuyo; tu mision es esa;
Esa tu vocacion, tu porvenir;
Inventar más y más hasta la huesa;
Crear y más crear hasta morir.

Más tú no morirás: la tierra impura
No ha de guardarte entera; nuestra edad
Tu gloria legará á la edad futura,
Y tu alto nombre á la inmortalidad.

1845.

EL CANTO.

Á LEOCADIA ZAMORA.

¡Ah! —¿Qué escucho? ¿Qué escucho? —¿Qué
[almo canto
Derrama misterioso en mis oidos
La mágia que enajena los sentidos,
La embriaguez que domina á la razon?
¿Qué miro?—En torno el pavimento tiembla;
Retiemblan las paredes palpitantes,
Y en latidos fugaces y vibrantes
Parece conmoverse el arteson.
¿Y quién es? ¿Y cuál es la voz divina
Que produce ese mágico portento?
¿Qué acorde, intenso, embriagador acento
Penetra el fondo oculto de mi sér?
¿Quién eres? ¿Dónde vas, oh voz del cielo,
Que al oido mortal así suspendes,

Y vibrante y feliz los aires hiendes
Y al Olimpo te vas á detener?
¿No cantaban así las cien vestales
Ornada en yedra la divina *coma*,
Cuando escalaba el Capitolio en Roma
La falange del Galo triunfador?
¿No cantaban así los mil Levitas
Sobre su frente reluciendo el cielo
Allá en las soledades del Carmelo
Y en las áridas cumbres del Tabor?
¿Quién eres tú, que con oculta mágia
Mueves la tempestad como la calma,
Maravillosa intérprete del alma,
Adivina sagaz del corazon?
¿Quién eres, dime, ya mujer ó diosa,
Que divides con Dios la omnipotencia?
¿Quién eres? ¿Quién te dió la infusa ciencia
Del sentimiento y de la inspiracion?
¿Eres, dime, la Musa de la Grecia,
Señora de la música y del canto?
¿Eres la Hurí de inexplicable encanto
Que imaginó el Profeta en el Edén?
¿Eres de las Ondinas, que en sus arpas
Los bardos de la Escocia celebraron?

¿Ó bien de los querubes que cantaron
Cuando el Hijo de Dios nació en Belén?

¡Ay no! Que tú eres la hija
Del sol que el cubano adora;
Su luz reflejó en tu aurora;
Su fuego bebiste tú.
Moderna Vestal, su llama
Custodia tu genio audace;
Fénix nuevo, en tí renace
La síbila del Perú.
¡Cantaste!—Y sentí mi pecho
Ungirse de arrobamiento,
Y del querúbico acento
Bajó el eco sobre mí.
Que cuando cantas, los cielos
Hiende tu garganta de oro;
Los ángeles te hacen coro;
Más ¡ay! ¡no llego yo allí!
Yo soy como la paloma
Que arrastra el ala en el suelo,
Y que sólo puede el cielo
Con la mirada alcanzar.
En tanto que, águila altiva,

Tú te ciernes en la altura,
Y bebes la lumbre pura
Del sol en su mismo altar.
Y te nutres con su fuego,
Y con su fuego te inflamas,
Y de su fuego en las llamas
Templas tu argentina voz.
Númen de la melodía,
Hija del sòl y de Cuba,
Tu canto hasta el cielo suba
Como el incienso hasta Dios.

¡Canta, canta! ¡Feliz sacerdotisa,
Genio divino de la patria mia!
¡Canta, canta! Que el genio es armonía;
Armonía es la inmensa creacion.
Al sacar de la nada el Dios eterno
Los mundos que en la nada se asentaron,
Sus partes con el todo armonizaron.
¡El mundo es un eterno *diapason!*
¡Bendicion sobre tí! Que al cielo debes
La voz embriagadora y melodiosa,
La mirada fatídica y radiosa,
El poder de sentir y de espresar.

La llama que te abrasa, te alimenta;
Tu voz terrestre la prohija el cielo;
Alumbras, como el sol, al pátrio suelo:
Puedes, oh diosa, como Dios, crear.
¡Puedes! ¡Y creas!—Creas en el seno
De nuestros entusiastas corazones
Un mundo de idealismo y de ilusiones,
Fantástica y segunda creacion!!!
Hay luz, poder y amor, en tu alba frente;
Amor, poder y luz, que allí adoramos.
¡Ay! Si nosotros la ilusion amamos,
Dios nos dá el sér, Leocadia la ilusion.
¡Canta! Porque la vida es dolorosa;
Porque el hombre, al nacer, prorrumpe en llanto;
Porque sólo tempera con el canto
La humanidad su vocacion fatal.
¡Canta! Que el genio en tus miradas arde.
Allí lo estoy mirando;—allí se siente;—
Allí puso el Señor Omnipotente
Al genio, como al ángel, su señal.
¡Canta, canta, Leocadia!—En tus entrañas
Hierve del arte la pasion inquieta.
¡Canta, canta!—Que el canto es un profeta;
El canto es la señal de inspiracion.

El canto es la virtud, la paz, la gloria,
La dicha, la inocencia acá en la tierra.
La tumba en vano nuestro cuerpo encierra;
El alma canta en la eternal mansion.

LA ROSA AMARILLA.

Yo la ví! La ví en el Prado!
Yo ví un tinte sonrosado
De su semblante nevado
La blancura matizar;
Y en su cabello rizado,
Oculta tras la mantilla,
Yo ví una rosa amarilla
Entre los bucles jugar.

Bella, transparente, pura,
Como un sueño de ventura
De su almo cuello en la albura
Yo ví sus venas de azul.
Cual la luna en noche oscura
Entre leves nubes brilla,
Brilló la rosa amarilla
Entre los pliegues de tul.

En su pupila azulada
Yo ví chispear su mirada

Tierna, eléctrica, lanzada
Al *Salon* (1) con languidez.
Cabe la rosa encarnada
Que brotaba en su mejilla
La humilde rosa amarilla
Doblaba su palidez.

Era negro su vestido,
Negro el zapato pulido,
Negro el velo recogido
Sobre la amarilla flor.
Un recuerdo dolorido
Llevóme á la patria Antilla
Do nunca rosa amarilla
Abrió su corola al sol.

Yo tiemblo, ¡oh rosa! de verte:
El tuyo es color de muerte.
Cual signo de triste suerte
Me impresiona tu matiz.
Sobre tu pistilo inerte
Dulce esperanza no brilla:

(1) El Salon del Prado.

Siempre la flor amarilla
Fué de las tumbas tapiz!

¡Si esa rosa fuese mía!....
¡Vano anhelo! Su ambrosía
La esperanza mataría
De mi desgraciado amor.
«Olvida,» la flor diría,—
«La de la negra mantilla;
»Porque la rosa amarilla
»Es del sepulcro la flor.»

«La muerte no me intimida,»
—Diria á la flor querida,—
«La muerte es apetecida
»Del que nada ha de lograr;
»Y pues que en mi triste vida
»Un dichoso amor no brilla,
»Mas vale, ¡oh rosa amarilla!
»Verte en mi tumba brillar.»

EL VERANO DE LA HABANA.

I.

Ese denso vapor que se levanta,
Opaco, blanquecino, amarillento,
Y sube en perezoso movimiento
Desde el bajo horizonte hasta el zenit,
Es la respiracion ardiente y seca
De la tierra de Cuba en el verano,
Abrasado suspiro, con que en vano
Llama del Norte la estacion feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza
Por las llanuras del desierto cielo,
Y su aliento de llama enciende el suelo
Y lo tuesta su soplo abrasador.
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,
Y la radiosa palma llama al trueno,
Y en la flecha que sale de su seno
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mústio, y palpitante, y requemado,
Exhala el árbol un chirrido agudo,
Y entre el denso espesor del bosque mudo
Corre tibio el arroyo sonador.
Y la tímida flor su cáliz cubre
Cerrando su corola perfumada,
Como vírgen que oculta avergonzada
Con sus manos el seno encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,
Entre estas lavas de un volcan latente,
Á par que el alma arrebatarse siente,
Siente el cuerpo abatirse en proporcion.
Y sus flexibles nervios se liquidan,
Y sus músculos duros se distienden,
Y sus entrañas trémulas se encienden,
Y se quema su débil corazon.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche
Cruzan el aire transparente y puro?
¿Quién en los ojos del cocuyo obscuro
Nutre y mueve la lumbre sideral?
Y en la pálida faz de la habanera
¿Quién pone esos carbones encendidos,
Esos ojos eléctricos y fluidos,
Embeleso y tormento del mortal?

II.

Es el sol claro y fulgente
Que en el trópico candente
Vierte su inmenso torrente
de fuego y luz inmortal.
Es el sol, que engendra y luce;
El sol, que mata y seduce;
El sol, que abrasa y produce
En un contraste eternal
Es el sol!—Su lumbre pura,
Ya fecunda, ya madura,
Los cafetos en la altura,
En llano el cañaveral.
Dora del *mango* la yema,
Cuece en el *anon* la crema,
Da á la *piña* su diadema,
Su lanza á la *palma real*.
Y es rosa en el horizonte,
Verde esmeralda en el monte,
Melodía en el sinsonte,
En la alta caña cristal.
Y en el hombre es chispa ardiente

Que le infunde un estro hirviente
Cuando casi adolescente
Se lanza al mundo ideal.
  Y en la doncella cubana
Es la gracia sobrehumana
Que une la hurí musulmana
Á la Ondina de Fingal.

III.

  Julio en tanto ardoroso se levanta
Y hácia el rugiente Can se precipita,
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,
Y otra fiebre interior la alma quebranta.
  No más ¡oh sol! no más! Tu fuego intenso
La masa cerebral volatiliza;
La médula transforma en vapor denso,
Y en las venas la sangre carboniza.
  ¡Ah! Dadme hielo, y cabe al hielo lumbre;
Dadme el cierzo á beber del Somosierra,
Ó dadme del Pirene la alta cumbre,
Ó de Granada la nevada sierra!
  Dadme hielos, salones alfombrados,
Que en la nieve glacial mi pié resbale,

Y del cuello y del seno, en piel forrados,
Su grato aroma la belleza exhale.
Dadme hielo, y carámbanos, y frio,
Que enrojezcan mi rostro macilento,
Y el fuego apaguen en el pecho mio,
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV.

Mas no! Dejadme en Cuba, mi patria idolatrada,
Dejadme en esta zona bendita en que nací,
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,
En donde el sol naciente la vez primera ví.
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,
Templar la calentura que siento arder en mí.
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante
Mirando entre las hojas del plátano sonante
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.
Dejadme que respire la brisa encantadora
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,
Cargada de perfumes robados á la aurora,
Bañada de frescura que el fuego va á templar.
Dejadme que refresque las llamas de mi frente

Con el terral nocturno que sopla del Poniente
Trayendo los suspiros del cándido azahar.
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,
Que en torno de su disco figuran los encajes
De vírgen desposada que marcha hácia el altar.
Dejadme, sí, en la Habana; la tierra de las flores,
La tierra del deleite, del fuego y del amor.
Tu sol yo quiero ¡oh pátria! tus vientos brama-
[dores,
Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,
Y templa los ardores del astro abrasador.
Tus palmas son las plumas que ondulan en tu
[frente:
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente;
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.
La Habana aún es muy jóven. No existe aquí
[el pasado.
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.
Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.
Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oir.
Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,
Que cante lo futuro del suelo por quien siente

Mi pecho estremecido ~~mis~~ músculos latir.
Dejadme, sí, que viva; dejad que muera en Cuba;
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.
Mas ¡ay! que en vano quiero, ardiendo en pa-
[triotismo,
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,
De España á las riberas empuja mi bajel.
Acaso helado un dia al pié del Guadarrama,
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me
[inflama,
La accion vivificante mis labios pedirán,
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,
Surcando tristemente mi pálido semblante,
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

Á UN AMIGO

CON MOTIVO DEL RETRATO ENVIADO Á SU ESPOSA.

ROMANCE.

Pasaron dos primaveras
Y pasaron dos veranos,
Manuel amigo, y tambien
Dos otoños han pasado,
Despues que el cruel ostracismo
Que persigue á los cubanos,
Te arrojó del patrio suelo
Al suelo de Europa, airado.
Dos veces caer has visto
Las verdes hojas del árbol,
Arrancadas por el cierzo
Que tala el desnudo campo:
Dos veces de nieve el Norte
Cubrió el Guadarrama helado,
Al modo que al frio cadáver
Envuelve blanco sudario.

Y tu Inés, tu dulce esposa,
En tiempo tan dilatado
Las bellas playas cubanas
Humedece con su llanto,
Y su gemido de angustia
Atraviesa el Oceano;
Y desgarrando tu oido,
Y tu alma atormentando,
Resuena en tu triste pecho
De pesares quebrantado,
Como en la lenta agonía
Del moribundo postrado
La fatal campana suena
Que anuncia su fin cercano.
Y tú en tanto te consumes,
Y tú maldices en tanto
Esa política aviesa,
Ese sistema precario
Que proscribe al inocente,
Que mancilla al hombre honrado
Y á sus víctimas imputa
Delitos imaginarios.
¡Tú lloras tanto extravío,
Cual nosotros lo lloramos!

Como nosotros, tú vuelves
Los ojos turbios de llanto
Á esa patria idolatrada,
Eden del ardiente ocaso,
De vida y luz foco hermoso,
Isla de paz y de encantos,
En que el sol su eterna antorcha
Por el trópico agitando,
Matiza de verde y oro
Vegas, montañas y llanos!
¡Cuál volaras presuroso,
Si volar te fuese dado
Hácia los paternos lares,
Hácia los nativos campos,
Dó viste la luz primera,
Dó exhalaste el primer llanto,
Tu adorada Inés hermosa
Á estrechar apasionado
Contra un corazon que sólo
Por ella está palpitando!
¡Ah! Placeres inefables!
¡Deleite sublime y santo
Que sólo patria y familia
Pueden dar al pecho humano!

¡Triste de tí y de nosotros,
Forzados á contentarnos
Con estas dulces quimeras,
Con estos sueños dorados!
Siquiera, infeliz amigo
(Ya que tu destino ingrato
Te roba tanta ventura
Por tiempo indeterminado),
Con una vana apariencia,
Con un inocente engaño,
Con una sombra insensible,
Alucina un breve rato
La doliente fantasía,
El corazon lastimado
De esa Inés, que, á un mismo tiempo,
Es tu tormento y tu encanto.
Traslådate tú á sus ojos,
Mándale en lienzo tus rasgos,
Y deja que llore ó ria
Al recibir tu retrato;
Que ora ria, ú ora llore
De opuesto impulso agitado,
Amor halla igual deleite
En la risa que en el llanto.

Mil veces ella en tu rostro
Imprimirá besos castos,
Y despues al claro cielo
Sus negros ojos alzando
Á Dios pedirá tu vuelta
Con el alma y con los labios.
Y Dios oirá su plegaria,
Porque el que vino á enseñarnos
Á amar al hombre, no es sordo
Del amor al ruego santo.
Y por fin, verás alzarse
Entre el vapor azulado
Del mar caribe, la tierra
De las palmas y los plátanos.
Y verás la hermosa isla,
Noble vírgen del ocaso,
Tender su verde cintura
Al beso del Oceano.
Y al tocar la húmeda playa
Besarás su polvo sacro,
Dó tu vida hallará dicha
Y tus cenizas descanso.
Y allí verás á tu Inés,
Y cuando ciego, embriagado,

Libes angélico beso
De amor en su fresco labio:
«Héme aquí, dile. No mires
Ese lienzo inanimado.
Teniendo el original,
¿Qué haces ya con el retrato?»

1838.

Á LA CONDESA DE CUBA

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

> **Humanidad fué su ídolo. Piadoso**
> **Lo hallaron el opreso, el desvalido;**
> **Fué hijo tierno, patriota esclarecido,**
> **Buen padre, buen amigo y buen esposo.**
>
> **HEREDIA.**

Era de noche. La enlutada sombra
Velaba el orbe: por el negro cielo
Cruzaban, cual jigantes pavorosos,
Las invisibles nubes; al zumbido
Del cierzo retemblaban los cristales,
Y un velo de tinieblas envolvia
De Madrid los altivos chapiteles.
Era la hora en que el mortal suspende
Sus trabajos; la hora del descanso
Para el pobre artesano: para el rico
La hora de las fiestas y saráos.
La orquesta resonaba en los teatros,

El arpa en los conciertos. La belleza,
Frívola y caprichosa, se cubria
De frescas flores ó crujiente seda,
Y lanzábase ardiente á los placeres
Del estruendoso baile, ó al delirio
Del falso amor, ó bien al embeleso
Del canto en los espléndidos salones.
Y tú, Dionisia, y tu adorable hermana,
Velábais á esa hora, y con vosotras
Yo velaba tambien. . . . .
. . . .
. . . . Un noble anciano
Digno de eterna bendicion y nombre,
Cubierto de virtudes y de gloria,
Bravo en el campo, en los consejos sábio,
Émulo de Caton, justo cual Tito,
Honor de España, admiracion de Cuba;
Un hombre en cuyos labios reposaban
El saber, la verdad, y en cuya frente,
Serena y magestuosa, se trazaban
Altas lecciones de virtud, yacía
En doloroso lecho; mas tranquilo,
Radiante, luminoso, como el astro
Que al hundirse de tarde en Occidente

En luz dorada y tíbia baña el orbe.
Dos ángeles velaban á su lado,
El ángel del amor y de la gracia;
El ángel del misterio y la ternura.
Y un ángel eras tú; tu hermana el otro:
Y el anciano adorable era tu padre.
Y yo los ví á los tres!!! Y ví la gloria
Que al héroe, al justo, preparaba el cielo.
Y yo los ví á los tres!!! Y ví la tierra,
Esa tierra de flores perfumadas,
Y de luz y de aromas, convertida
En un campo de espinas y dolores
Para vosotras, huérfanas queridas.
Y yo los ví á los tres!!! Y ardiente llanto
Corrió por mis mejillas encendidas;
Y en éxtasis profundo el grupo santo
Adoré fervoroso, cual si viera
Dos querubes, volando en torno al lecho,
Proteger con sus alas celestiales
La cabeza del padre idolatrado;
Y al cielo alzando las divinas palmas,
Y al cielo alzando la mirada tierna,
Acompañarlo á la morada eterna
Dó espera Dios á las virtuosas almas.

Yo entonces ví que llorabas,
Y Merced lloró contigo,
Y con las dos vuestro amigo
Tambien hubo de llorar.
Y mi llanto con el vuestro
Formó una sola corriente,
Cual suele de triple fuente
Un mismo arroyo brotar.
Tu cara risueña un dia
Como la rosa entreabierta,
Cárdena, llorosa y yerta,
Era imágen del dolor.
Pero así estabas más bella
Que de oro y perlas sembrada,
Cual, por la lluvia bañada,
Está más bella la flor.
Llora; huérfana preciosa,
Llora al padre que perdiste.
Para llorar tú naciste:
Vivir no es más que llorar.
Llora; que la vida rueda
Entre un grito y un gemido;
Al nacer un alarido,
Un suspiro al espirar.

Llora; que la humana vida
Te espera con sus dolores,
Y entre las pintadas flores
La espina te punzará.
Y entre los suaves aromas
Del embriagador incienso,
Del engaño el humo denso
Á tu altar se elevará.
Llora; que has perdido el guía
Que encaminaba tu huella,
Y ya se eclipsó tu estrella
Y se eclipsó tu fanal.
Y, cual ave solitaria,
Cruzas con vuelo dudoso
De este mundo artificioso
El aire impuro y fatal.
Llora; que eres bella y jóven,
Y la juventud embriaga,
Y la fortuna te halaga
Y te halaga el porvenir.
El mundo es una sentina
De perfidias y egoismo,
Y hallar puedes un abismo
Donde un faro ves lucir.

Llora, divina Condesa,
Que Merced llora contigo,
Y con las dos vuestro amigo
Debe igualmente llorar.
Y mi llanto con el vuestro
Forma una sola corriente,
Cual suele de triple fuente
Un mismo arroyo brotar.

Las lágrimas alivian. Cuando herido
Se siente el corazon, cuando en la tumba
De los séres que amamos
Corre el llanto piadoso, sus cenizas
Parecen animarse y respondernos,
Y con dulces acentos de ternura
En nuestra soledad compadecernos.
No lo dudes, Dionisia. Desde el cielo
Tu padre vela sobre tí. Sus ojos
En tí se fijan, cuando tú en el suelo
Gimes sobre sus lívidos despojos.
Y él ama tu dolor, y ama tu llanto,
Y te bendice, y su plegaria pura
Del Altísimo eleva al trono santo

Por tu bien, tu inocencia y tu ventura.
Y el ruego paternal será escuchado;
Sí, lo será, mi corazon lo dice:
Que nunca, cuando un padre nos bendice,
La bendicion de Dios nos ha faltado.

Tu padre fué el modelo de los hombres;
La celeste virtud meció su cuna;
Ni el poder lo tentó, ni la fortuna
Lo apartó del camino del deber.
Mezclando la bondad con la entereza
Y templando el rigor con la indulgencia,
Para oponerse al mal tuvo influencia,
Para prestarse al bien tuvo poder.
En los ardientes llanos de la Italia,
Como en la helada playa de Noruega;
En la fértil region que el Arno riega,
Como á orillas del Báltico glacial,
Del deber siempre fué su pensamiento,
Su espada de la patria. En paz, en guerra,
Mandando, obedeciendo, en mar, en tierra,
Fué prudente, magnánimo y leal.
Unido á la Romana y á su hueste,

Firme en la suerte mala y en la buena,
Del nuevo Atila, vencedor de Jéna,
Burló la astucia, y el furor burló.
Y retornando á España, entre las garras
Del águila imperial despedazada,
Le consagró en la lid su noble espada,
Su pluma en el salon le consagró.
Diplomático audaz, hábil enviado,
De Washington tambien el Capitolio
Lo oyó, en defensa del ibero sólio,
Alzar su voz de paz y de verdad.
Y allí sirviendo, y más allá mandando,
Soldado ó general, fué siempre el mismo,
Modelo de virtud y patriotismo,
Símbolo de saber y humanidad.
Dílo tú, ¡oh Cuba! mi adorada patria,
Reina de las Antillas, dílo al mundo.
Tu gratitud y tu dolor profundo
Son de Vives la fúnebre oracion.
Panegírico santo de tu padre,
Página perdurable de su historia,
Eterno monumento de una gloria
Pura como su noble corazon.
Un lustro y otro gobernara en Cuba:

Un lustro y otro la volvió dichosa.
Ni á vil amaño, ni á calumnia odiosa
Fué dado sorprender su rectitud.
En él un protector halló la ciencia,
Un padre la desgracia. El oro inmundo
Holló su planta con desden profundo:
Su culto siempre fué el de la virtud.
¡Honor, y prez, y gloria, y nombre eterno
Á tan claro varon! La voz de Cuba,
Rasgando el éter, cual incienso suba
Hasta el radiante trono del Señor.
Y las altivas palmas de mi patria
Cubran la tumba del que está en el cielo:
Que si las palmas nacen en su suelo
Es para coronar su bienhechor.

Yo miro un ramo lucir
De esa palma refulgente,
Dionisia, en tí: que al morir
Quiso su nombre eminente
Tu noble padre imprimir
En tu encantadora frente.
Y ese título es tu gloria,

Como la virtud tu encanto;
Y de la paterna historia
Hará ese recuerdo santo
En tí eterna su memoria
Como es eterno tu llanto.
Y mi patria, cuya frente
De palmas y de verdor
Ciñe diadema luciente,
En la sien pondrá una flor
De la heredera eminente
De su ilustre bienhechor.
Y tú, de Cuba Condesa,
Serás en Cuba adorada:
Que pura y bella atraviesa
Tus venas la sangre honrada
Del que, al bajar á la huesa,
Te dejó á Cuba legada.
Mas yo en tí no he de mirar
Ni título ni blason.
Quien sólo sabe estimar
La vana decoracion,
No puede el precio graduar
De tu alma y tu corazon.
Yo no miro si eres linda,

Ni si la fortuna instable
Su copa de oro te brinda;
Ni miro si por tu cuna
Sus homenajes te rinda
La adulacion importuna.
Yo admiro el vuelo asombroso
Con que abarca tu alma osada
Del mundo el campo anchuroso,
Y en tu pupila rasgada
Admiro el fuego radioso
Oculto tras tu mirada.
Y en el lecho te contemplo
De tu padre moribundo
Como á deidad en el templo,
Dando una leccion al mundo,
Al mundo dando un ejemplo
De afecto filial profundo.
  Y de su aliento en acecho
Te miro uno y otro dia
Olvidar sustento y lecho,
Y en su postrera agonía
Estrechar contra tu pecho
Su mano trémula y fria.
  Y sobre su frente helada,

Sobre sus ojos sin luz
Llorar te miro aterrada,
Como á los piés de la Cruz
Sobre el Gólgota elevada
La Vírgen lloró á Jesus.
  Y yo escucho tu gemido
Alzado hasta el firmamento
Á tu pena ensordecido,
Y el convulsivo alarido
De tu pecho sacudido
Por el dolor y el tormento.
  Y yo te oigo repetir
Que en tu más temprana edad
Viste á tu ~~padre~~ madre morir,
Y que en tu actual orfandad
Sin padre vas á vivir
En completa soledad.
  Y tu rostro encantador
Velado en nube sombría,
Era el génio del dolor
Que sus alas abatia,
Y entre el nocturno vapor
Su faz divina escondia.
  Yo así entonces te admiré.

¿Quién no te admirara así?
Y á mis padres recordé,
Y al cielo rogué por tí,
Y por mis padres rogué,
Y rogué tambien por mí.
Que sólo humilde oracion
Puede al hombre dar consuelo
En las horas de afliccion;
Y, destrozado en el suelo,
No respira el corazon
Si no se eleva hasta el cielo.

Divina huérfana,
Un Dios piadoso
Tus ruegos tímidos
Escuchará.
Y á tu alma cándida
Dulce reposo
Y dichas plácidas
Le volverá.
En el empíreo
Tu hermosa madre
Al Dios altísimo
Pide tu bien.

Y con sus súplicas
Une tu padre
Sus votos férvidos
En el eden.
Confiada, impávida,
En tu inocencia,
Recorre el círculo
De tu vivir.
Síguelo intrépida:
Que en tu existencia
Un astro espléndido
Yo veo lucir.
Hoy sobre el túmulo
De un padre gimes;
Mañana plácemes
Dó quiera oirás.
Hoy con tus lágrimas
Su losa oprimes;
Mañana en éxtasis
Te sonreirás.

Y mañana tambien, por las olas
Del crujiente vapor arrastrado,
Entre cielos y abismo sentado,

Yo el desierto del mar cruzaré.
Y entre el ronco cortar de la proa,
Y del viento entre el recio silbido,
Y del mar entre el sordo rugido
Á Dionisia y Merced nombraré.
  Y estos nombres de magia y encanto,
Mientras corran las olas serenas,
Dulce alivio darán á mis penas,
Dulce tregua á mi intenso dolor.
Y estos nombres de paz y ternura,
Mientras bramen furiosos los vientos,
Calmarán mis pesares violentos,
Calmarán de mi sangre el ardor.
  Y volviendo la vista al Oriente,
De un lejano horizonte en las brumas,
Veré al sol entre azules espumas
Sus cabellos dorados hundir.
  Y mi triste mirada rasgando
De los aires el diáfano velo,
Á mis ojos Madrid y su cielo
Tornarán nuevamente á lucir.
Y á Madrid con sus galas risueñas,
Con su pompa y su régio atavío,
Con sus cantos, su Prado y su rio,

Cual aéreo fantasma veré.
  Y en el bosque frondoso de lilas
Y en el Campo del Moro valiente,
Y á los piés del fatídico puente
Con Merced y Dionisia hablaré.
Y en la tumba glacial de tu padre
Besaré sus mortales despojos,
Y el torrente fatal de mis ojos
Nuevamente á correr volverá.
  Y cayendo en las olas amargas
Las hará más amargas mi llanto:
Y al clamor de mi lúgubre canto
El tremendo huracan tronará.
  Y los truenos, y el rayo, y los vientos,
Me verán en la popa tendido
Sin temer su espantoso estampido,
Sin temer su magnífico horror.
  Que al dejar los dos únicos séres
Que en España ha adorado el proscrito,
De las negras borrascas el grito
Será el grito de mi hondo dolor.

Dionisia, escucha el postrimero voto
Que me atrevo á formar por despedida.

Tal vez pronto la muerte habrá ya roto
El hilo frágil de mi triste vida.
Tú no verás mi tumba. El sol ardiente
De Cuba tostará mi losa fria,
En tanto que, feliz, resplandeciente,
Lucirá sobre tí sol de alegría.
  Si mi muerte llegare hasta tu oido,
En medio del placer y de la gloria,
Consagra á mi amistad sólo un gemido,
Da una lágrima sola á mi memoria.
  Junto al lecho de un padre venerado
Nos unió la amistad en su agonía.
En su tumba sagrada yo he llorado:
¡Ah! Llora tú sobre la tumba mia.

LAS BELLAS ARTES.

Inseparables del culto,
Del culto aliadas perpétuas,
Soplos del Dios invisible,
Unidas á las creencias
De su época y su siglo,
Ora libres, ora siervas,
En su cuna ó en su ocaso,
Las artes, las hijas bellas
Del génio y la fantasía,
Hermanadas atraviesan
Con la religion del hombre
De los siglos la cadena.

Con el culto en el Oriente
Nacen las artes primeras.
Para los pueblos del Asia
La deidad fué la materia,
La materia deificada,

La materia eterna, inmensa;
Fué lo infinito visible,
Las formas, sin las ideas,
El culto del panteismo
Y de la naturaleza.

De aquí nacieron sus artes,
Grandiosas, pero groseras;
Las pirámides del Nilo,
Los monólitos de Tebas,
Los jardines y obeliscos;
Creaciones jigantescas,
Altas como las montañas,
Y como el desierto inmensas.
Sólo en ellas se divisan
De la natura las fuerzas;
Aire, fuego, montes, rocas,
Astros, luz, todo materia.
El mundo es Dios. Así el arte
Del culto en la edad primera,
Representa inmensas formas
Que no animan las ideas.

Nació del culto y del arte

La segunda edad en Grecia:
Entonces no adoró el hombre
Sólo á la naturaleza;
Su culto fué el de sí mismo,
Y en su propia preeminencia
Concentró la humanidad
De Dios la inmortal idea.
Hizo el arte el apoteosis
De la escritura, y le diera
Por pedestal, el Olimpo,
Por fin, la gloria y la fuerza.
Á la humanidad abstracta,
Deificando una quimera,
Le puso un manto divino,
Le dió el cetro de la tierra.
Y el poder llamóse Jove,
Y la ciencia fué Minerva,
Y el arte nombróse Apolo,
Y Vénus fué la belleza;
Y divinizando el tipo
Del sér humano en la tierra,
Y de sus fugaces formas
Espurgando á la materia,
Sopló en el dormido mármol,

Animó sus formas yertas,
Y el griego adoró sus dioses
Y semi-dioses de piedra;
Y el hombre, inmortalizado,
Hízose Dios; y en la excelsa
Copa olímpica, su labio
Libó el soberano néctar.

Al nacer el cristianismo
Consumarse vió la tierra
Del culto y la religion
La transformacion postrema.
La revolucion del culto
No sólo dió faz diversa
Al arte, sino produjo,
En su espíritu, artes nuevas.
La imperfecta humanidad,
Divinizada en la Grecia,
Abdicó delante Dios
La usurpada preeminencia.
Condenado el sensualismo
Y el culto de la materia,
De un nuevo bello ideal
El Crucifijo es emblema.

Los personajes humanos
Alzados ya no se ostentan
En regiones superiores
A las humanas miserias,
Ni viven aparentando
La inmovilidad eterna
Y el reposo imperturbable
De las celestes esferas.
De penas, por el contrario,
Y de dolores son presa;
Gemidos no más exhala
La humanidad en la tierra.
Con la nueva religion
El arte todo es ideas;
El espíritu se encarna
Como el Verbo!—La paleta
Del pintor sólo traslada
Las afecciones internas
Y el amor de lo invisible,
Disipando las tinieblas
Que al hombre la vista ofuscan
A su paso por la tierra.
¿En dónde vió Rafael
Sus vírgenes hechiceras,

Y sus divinas madonas,
Y aquellas formas etéreas,
Y los celestiales rasgos,
Y los tintes que revelan,
Trasladada al lienzo opaco
Del Tabor la luz eterna?
¿Dónde vió Leonardo Vinci
El modelo de la cena,
Y la majestad del Verbo
Y de Pedro la flaqueza,
Y del discípulo amado
La faz luminosa y bella,
Y la torva faz de Judas,
Que pone con insolencia
De Cristo en el pan la mano
Y, al entregarlo, lo besa?
Y á tí, la gloria del Betis,
Á tí, el orgullo de Iberia,
¿Quién te reveló, Murillo,
Esas sublimes cabezas?
¿Quién tus mendigos y monjes,
Tus santos y anacoretas,
Imágenes que se mueven,
Lienzos que viven y piensan?

¿Quién, sino la fe?—Al artista
Sus tipos la fe revela;
El genio es llama divina,
Celeste, inmortal centella,
Misteriosa luz que apaga
La duda al soplar en ella.
Las artes, tímidas aves
Errantes sobre la tierra,
Al cielo tienen por cuna,
Y á Dios sus alas las llevan.
Las artes, astros caidos
De la celestial esfera,
Cual mansas constelaciones
La vida humana atraviesan,
Y del mortal desterrado
En el valle de las penas,
Al pasar, su antorcha arrojan
En las obras pasajeras.

Primero adoró el hombre los volcanes,
Las rocas, las montañas, la natura.
Sus primeros guerreros son titanes:
Su primer arte fué la arquitectura.
Rindió culto despues á sus pasiones,

Y el vicio y la virtud fueron deidades,
Y eternizó el cincel sus creaciones,
Y asombró la escultura á las edades.
El tiempo al fin llegó, que señalaron
David y la Sibila. ¡El Cristo vino!
Y los falsos oráculos callaron
Y la cruz fué el oráculo divino.
El arte comprendió la nueva escuela,
Y la inerte materia abandonando,
Lo vió el mundo en la muda y frágil tela
Las luchas del espíritu trazando.
Mas rebelde al poder de los sentidos
El arte espiritual por excelencia,
La música, al pasar por los oidos
Sacude el sentimiento y la conciencia.
Y su acento desata ó encadena
El confuso huracan de las pasiones,
Como la voz de Dios sopla ó serena
El furor de los sueltos aquilones.
Creada ó revelada, esa arte hermosa
Sólo existe despues del cristianismo,
Filosófica á par que religiosa,
Ideal y sensual á un tiempo mismo.
La idea se resuelve en melodía,

Para que ésta á su vez se torne idea.
Es un drama la grave sinfonía;
Sinfónica á su vez es la Odisea.
Si se eleva la música á los cielos
Lo debe al culto y á la filosofía.
Beethoven y Rousseau son dos gemelos;
Bellini y Chateaubriand una armonía.

Empero, esas artes bellas
Ceden á la poesía,
Cual ceden tras noche umbría,
Su luz parcial las estrellas
A la luz total del dia.
De la arquítectura el cetro
Abarca en su inmenso aliento:
El verso es un instrumento,
Una construccion el metro,
El poema un monumento.
Es escultura; el cincel
Da vida al mármol glacial,
Y el vate, á su instinto fiel,
Lanzando un canto inmortal,
Da vida al mundo con él.
Es pintura; luz, color,

Duda, placer, pena inquieta,
Con el metro ó la paleta
Mudos los traza el pintor,
Vivos los pinta el poeta.
Es música, es armonía;
Que en la misteriosa union
De música y poesía,
Una y otra es melodía,
Una y otra inspiracion.
Llama pura, inextinguible,
La poesía ilumina
Lo visible y lo invisible,
Y la escala, al fin, termina,
De lo bello perceptible.
Más allá, ¿quién subiria?
Pretender tal ascension,
Pedir al arte sería
Lo que sólo dar podria
La moral, la religion.
Y al fin de tal confusion,
Y al fondo de tal abismo,
Sólo hallaria la razon
El vértigo y la ilusion
En lugar del idealismo.

Que, los límites pasando,
Llega el poeta al vacío;
Y el dogma menospreciando,
Su canto es grito nefando,
Su rapto un sueño sombrío.
Por eso el bardo en la altura
Pide al arpa su virtud;
Por eso el que á Dios abjura,
Pulsar en balde procura
Las cuerdas de su laud.
Por eso, infernal cometa,
Caido arcángel, Byron
Despeñó su musa inquieta,
Y la cancion del poeta
Fué un himno de maldicion.

Escultura, pintura, arquitectura,
La música y la noble poesía
Son la escala sensual que al hombre guía
Á la abstracta region de lo ideal.
Escala de Jacob, por la que suben
Los sueños del espíritu hasta el cielo:
Un extremo clavado está en el suelo
Y el otro en el empíreo va á tocar.

Recorrido el dominio de las artes,
Inquieto el corazon busca y se agita,
Y el alma nuevos tipos necesita
De lo bello absoluto é inmortal.
¡El saber! ¡la virtud!—Ved la suprema,
La final perfeccion acá en la tierra,
La postrimera forma en que se encierra
La belleza increada y eternal.
El justo, el que regula sus acciones,
A imitacion del celestial modelo;
El que su patria vé sólo en el cielo
Y en la tierra una prueba sólo vé;
El que mira un hermano en cada hombre,
Perdona al ofensor, la injuria olvida,
Y está pronto á inmolar su propia vida
En las severas aras del deber.
Leonidas muriendo por la patria
Y Sócrates bebiendo la cicuta;
San Luis tendido en la ceniza bruta
Y sus tormentos bendiciendo Job,
El héroe, el santo, como quier se nombren,
De la eterna beldad vivo destello,
Son el límite extremo de lo bello.
Más allá, más allá no hay más que Dios.

DIOS ES LO BELLO ABSOLUTO.

I

¿Qué es lo bello?... El filósofo responde:
—«La armonía del todo con la parte;
»La proporcion, la regla, el gusto, el arte...»
¡Infecunda y falaz definicion!
Lo bello no se mide, no se explica;
Se ve, se siente.—La filosofía
En vano tras su análisis porfía;
Su respuesta no es más que una abstraccion.
¿Qué es lo bello?... Escuchad al ambicioso:
—«Es la gloria, el poder, la fama, el nombre.»
Tambien en esto se equivoca el hombre:
Lo bello por su esencia es inmortal.
¿Qué es lo bello?... Y responde el sibarita:
—«El placer, el festin, la melodía,
»Danzas, perfumes, cánticos y orgía.»
No es tampoco lo bello un lodazal.
¿Qué es lo bello?... Al artista preguntadle;

—«Es del sol en Oriente la hermosura,
»Es la sonrisa de una vírgen pura,
»Es la corola abierta de la flor...»
¡Belleza momentánea, transitoria!
En lugar de ese tipo pasajero,
De ese objeto mortal, perecedero,
Que pierde, apenas nace, su esplendor;
Mostrad á sus miradas anhelantes
La flor que en tiempo alguno se marchita,
La sonrisa feliz que nunca agita
La fiebre inevitable del dolor;
Mostradles ese sol que no se eclipsa,
Ese sol sin ocaso, sin oriente,
Sin juventud, sin senectud, luciente
Con igual, con eterno resplandor.
¡Oh poetas! ¡Oh artistas! Esa imágen
De la flor que la luz siempre colora,
De la plácida faz encantadora
Que nunca en llanto el sonreir trocó;
Esa imágen de un sol siempre radiante,
Sin orígen, sin fin, jóven, anciano;
Esa imágen que busca el genio humano,
Es la imágen espléndida de Dios.
Es el tipo inmortal de lo perfecto,

Que nada eclipsa, que no altera nada;
Es la imágen ingénita, increada,
Que el hombre lleva impresa en su interior;
Es el modelo eterno del poeta,
Es del artista el eternal modelo.
Siempre la inspiracion bajó del cielo;
Crear el hombre es descubrir á Dios.
¡Cread! ¡Cread! Que en vano creareis
Si no libais en la divina fuente;
En vano empuñareis la arpa gimiente,
El pincel, los buriles y el punzon.
El arpa rodará al inmundo cieno;
Rebelde el mármol tornaráse inerte;
El lienzo expresará sólo la muerte;
El genio abdicará la inspiracion.
¡Cread! ¡Cread! Si en el Calvario alzado
Escuchasteis al *Justo* moribundo
Perdon á sus verdugos, paz al mundo
Ofrecer desde lo alto de la cruz,
Y en sangre tintas las divinas palmas,
Y en sangre tintos los cabellos de oro,
Pedir al Padre con piadoso lloro
Para el ciego mortal la eterna luz;
Si al recordar tan prodigiosa escena

En amor vuestro pecho no se inflama;
Si no sentís en la celeste llama
El entusiasmo arder, crecer la uncion,
Abandonad, poetas, vuestra lira;
Abandonad, artistas, los pinceles;
Renunciad á la gloria y los laureles.
¡En vosotros murió la inspiracion!

Mas no; volved al cielo vuestros ojos,
Volved al cielo la anhelante vista;
Que en él un alma encontrará el artista,
Genio el poeta, inspiracion los dos.
Eterno, incomprensible é infinito,
Lo bello es un misterio acá en el suelo.
¿Quereis un rayo ver? Mirad al cielo;
Que lo bello absoluto sólo es Dios.

II.

¡Oh Dios! Y pudieron de Europa los sabios,
Pudieron sus pueblos más cultos un dia
Cegarse los ojos, mancharse los labios,
Mancharse la lengua sacrílega, impía,
Diciendo: «no hay Dios!»

¡Dijéronlo!—Y presto siguió el escarmiento;

Alzóse en las aras el torpe egoismo,
Y al seno latiente, llagoso y sangriento
De las sociedades rodando, al abismo
Lanzóse feroz.

Lanzóse á su presa. Los pueblos gimieron:
Su Dios, sus creencias, su culto perdieron;
Y el interes dijo: «No hay más Dios que yo!»

Y al grito del mónstruo voló el sentimiento,
Cual tórtola al silbo del grifo violento
Y sola entre espectros la duda quedó.

Y el hombre se dijo:—«Mi reino es la tierra;
»La dicha en los goces sensuales se encierra;
»Mis dioses son oro, placer y salud.

»Los cánticos hoy, la muerte mañana;
»Gocemos, gocemos. La ronca campana
»No ha de despertarme dentro mi ataud.»

III.

Y, asida á la horrenda nada,
El alma desventurada
Sólo vió la muerte helada
En las obras del Criador.
Y el sol nació para hundirse,

Los séres para destruirse,
El árbol para podrirse,
Y para ajarse la flor.
Y á los ojos de la ciencia
El miedo fué la conciencia,
Los nervios la inteligencia,
El cerebro la razon.
Y fué en su deslumbramiento
Un hábito el sentimiento,
Los vicios temperamento,
Las virtudes decepcion.
Y lo bello y lo infinito
Del alma en el fondo escrito
Como ilusion fué proscrito
Por el ateismo atroz.
Y en oro y sangre anegado,
De vino y placer saciado,
El hombre, al bruto igualado,
No fué la imágen de Dios.

IV.

Fué el fantasma sin ser de Berkeley:
Fué de Holbach el cadáver animado,

La ley de la materia fué su ley:
El hado de las bestias fué su hado.
¡Hombres! ¡Pueblos! ¡Temblad! Ved el ejemplo
De eterno luto, de eternal leccion,
Cuando el pueblo francés alzó en el templo
La burlesca deidad de la razon.
¡Lutecia fué Babel! Sangriento yugo
Impuso desde el sólio el ateismo;
El solo magistrado fué el verdugo...
Con el culto apagóse el idealismo.
Mas, ya va el frenesí pasando al hombre...
Y de Adan la infeliz posteridad,
Sabe ya, que de Dios con sólo el nombre
Se puede reformar la sociedad.

V.

¿No veis esa aurora naciente y dudosa
Que empieza á asomarse de Oriente al confin?
Despiertan al alma sus rayos de rosa,
Y la pesadilla ya toca á su fin.
En antros oscuros se esconde el ateo;
Proclaman á Dios las Galias y Albion;
Proclámalo el mundo. Celeste trofeo,

El lábaro es signo de la salvacion.
Al mundo en naufragio ya el alba se asoma;
Ya vuelve á la tierra la cándida fe;
Y al arca retorna la blanca paloma
El ramo de oliva trayendo á Noé.

VI.

La humanidad, despojada
De sus creencias magníficas,
La vista en llanto arrasada,
Vuelve al cielo con dolor;
Y escuálida y abatida
Lava con amargas lágrimas,
Magdalena arrepentida,
Las plantas del Salvador.
Y en los aires suspirando
De la esperanza los cánticos,
Se escucha un acento blando
Como el arpa de David.
Y mostrando con la mano
Las sacras tablas fatídicas,
Moisés nuevo, el genio humano
Desciende del Sinaí.

Y el sublime cristianismo
Es la religion poética,
Y el desolante ateismo
Apaga la inspiracion.
Y de las artes el coro
Bebe en las corrientes bíblicas,
Y con sus alas de oro
Las cubre la religion.
Y la alta filosofía
Arroja de sí al incrédulo,
Y sólo en la loca orgía
Le permite blasfemar.
Y entre el vino y los cantares
Su mano en el muro espléndido
Traza el *Mane-Tekel-Fares*
Del festin de Baltasar.

VII.

¡Salud, salud! Lo bello no perece:
Lo bello es inmortal: Dios es lo bello.
La belleza en el alma es un destello,
Un rayo, una feliz revelacion.
¡Dado me fuera mi encendido labio

Aplicar á la mística corriente,
Y del Jordan en la inexhausta fuente
Beber la celestial inspiracion!
Dios, que me dió la fe, negóme el genio!
Si en su llama abrasarme le pluguiera,
Mi calcinada lengua repitiera
En el horno los cantos de Daniel.
El genio es el enviado de los cielos
Á ejercer el sublime apostolado,
Á levantar el templo derribado,
Nuevo Ciro, inmortal Zorobabel.
Que su santa mision el genio cumpla!
Humilde israelita, simple obrero,
Para el templo por siglos duradero
Traigo un grano de arena yo tambien.
¿Por qué mi genio es una flor sin gérmen?
No importa: otros ingenios recibieron
Las mil lenguas de fuego que llovieron
Sobre el santo cenáculo en Salem.
Sólo á sus labios repetir es dado
La dulce voz de los antiguos dias,
Y entonar las celestes armonías
Al inspirado son de su laud.
Ellos solos no más, el genio sólo

Puede al hombre volver la fé perdida,
Alimentarlo con el pan de vida,
Bañarlo con el agua de salud.
¡Incomprensible ser! Yo pude un dia
Dudar de tí!... Mi error duró un instante,
Y aún rueda en mi pupila palpitante
La gota corrosiva del dolor.
Tú me diste el instinto de lo bello,
Y ese instinto alumbró mi inteligencia.
Lo bello es la raíz de la creencia,
La fuente del saber y del amor.
Yo ví la tierra y no aclaré mis dudas;
Yo ví el espacio, y no creí por eso;
Yo ví lo bello en mi interior impreso,
Y su luz engendró mi conviccion.
¡Omnipotente Dios! Si la plegaria
Puede elevarse hasta tu trono santo,
Acepta con bondad mi humilde canto.
¡Un poema es tambien una oracion!

SU RETRATO.

¡Ella es! ¡Sí, ella es! Esa es su boca
Esculpida en coral, do la sonrisa
Entre rosas y perlas se divisa,
Y al supremo gozar de amor provoca.
Esos sus ojos son. ¡Vedlos! Son ellos,
Esos orbes eléctricos que miro,
Como el sol inerrables en su giro,
Chispeantes como el sol en sus destellos.
Héla allí, su mejilla encantadora,
Que salpicada miro en mi delirio
De alabastro y aljofar como el lirio,
De azucena y carmin como la aurora.
¡Miradlos! Sus cabellos ondulantes
Cual las hebras de un oro reluciente
Jugando entre la nieve de su frente,
Y el azul de sus venas palpitantes.
¡Ella es! ¡Y me mira! Satisfecho,
Delirante, frenético, abrasado,

Yo llevo su retrato idolatrado
Del pecho al labio, y desde el labio al pecho.

Mas ¡ay! Me engaño. No es ella,
No es esa mi Caridad;
Es sombra de su beldad.
Pero una sombra, aunque bella,
Es sombra, no es realidad.
La ilusion me fascinó
Cuando su retrato ví.
Yo, incauto, verla creí;
Pero luego dije: no,
Mi Caridad no es así.
Su frente es más espaciosa,
Es más noble su mirada,
Su boca es más agraciada,
Su garganta más hermosa
Y su piel más nacarada.
En su pupila hay más fuego,
En sus labios más frescura,
Más deleite en su cintura,
Y en su ademan hay más fuego,
Y en su talle más soltura.
Imágen débil y muda

De una divina beldad,
Al soñar su identidad
Con ella soñé sin duda.
¡No es esa mi Caridad!

. . . .

Cuatro años van corriendo desde el dia
Que mi destino colérico y sañudo
De entre tus brazos arrancarme pudo
Lanzándome á inhumana emigracion.
Desde ese instante en la cabeza mia
El rayo retumbó, y á sus fulgores
La corriente de todos los dolores
Pasó por mi oprimido corazon.
Si yo la dura prueba he sostenido,
Si en el negro huracan no he fracasado,
¿A quién lo debo sino á tí? Del hado
El bramar vano fué, vano el rugir.
La magia de ese nombre tan querido
Sostuvo mi valor y mi confianza,
Y esperé ver la plácida bonanza
Tras la negra borrasca al fin lucir.

¡Y ya luce! Que la calma
Me anuncia tu imágen bella,

Como al náufrago la estrella
El fin de la tempestad;
  Y bien que mudo y sin alma,
Tu retrato, cara esposa,
Es la aurora luminosa
Que sigue á la oscuridad.

. . . .

Hoy me veda ¡ay de mí! mi estrella impía,
Á la patria dulcísima tornar;
Salúdala por mí, Caridad mia;
Yo renuncio á mi Cuba con pesar!
¡Ah! Yo amo á Cuba, ese encantado suelo,
En que desde mi infancia te adoré,
Y viste tú mi delirante anhelo,
Y un lazo santo te libró á mi fé.
Yo amo esa tierra, en que mis hijos vieron
El sol primero y la primera luz,
Y el nombre balbuceando repitieron
Del que al hombre salvó muerto en la cruz.
Yo te amo ¡oh Cuba! cual la patria se ama,
Que tú eres mi patria de adopcion
Desde que, de la orilla del Ozama
Me arrancó la primera emigracion.
Yo te amo. Y para siempre de tu suelo

El destino me aleja con rigor.
  Salúdala por mí, Caridad mia;
¡Yo renuncio á mi Cuba con dolor!
Sé mi intérprete tú, mi esposa cara,
Despídeme de Cuba y de su cielo.
Si ~~la de~~ de la patria el hado me separa,
Tú mi patria serás y mi consuelo.

LA HABANERA.

Hija del sol, morena centellante,
Viva, gentil, volcánica, indolente,
La habanera dulcísima y picante
Es la flor de la Tiro de Occidente.
Gloria y corona de Almendar undoso,
De tu boca el deleite se destila;
La embriaguez de tu acento melodioso,
Y el fuego de tu eléctrica pupila.
Tú marchas, y en flexibles ademanes
Tu talle, cual la palma, se mimbrea;
Tú miras, y la luz de los volcanes
En tu ardiente mirar relampaguea.
De la abrasada esplendorosa zona
Nacida por tu suerte á las orillas,
Tu risa contagiosa y juguetona,
El dorado fulgor de tus mejillas,
Tu sensibilidad viva y profunda,

Y tu tez chispeante y sombreada,
Del fuego inmenso que tu sér inunda
Revelan la violencia concentrada.

Y ese fuego es insufrible,
Y al que se acerca lo abrasa;
Y la quemadura pasa
De la piel al corazon.
Y una llama en él se enciende,
Que sólo apagar podria
La misma que sabe, impía,
Atizar la combustion.

Mirad. En esas noches voluptuosas
Que la luna del trópico hermosea,
Y perfuma con brisas olorosas,
Y del caribe mar la faz platea;
En esas noches en que el goce intenso
De vivir y sentir penetra el alma,
Y hay calma en el azul del cielo inmenso,
Y en lo interior del corazon hay calma;
Vestida la habanera de albo lino
En ruidoso quitrin rápida gira,
Ó muestra en la ventana el pié divino,

Y el disco de la luna de allí mira.
Y el rayo misterioso que atraviesa
Por la reja, anacara su semblante,
Y el fresco lirio de sus labios besa,
Y refleja en su seno palpitante.
Y en sus lánguidos ojos juveniles,
Dulces como los ojos de gacela,
Y como los del águila sutiles,
Trémulo oscila y vagoroso riela.
Y teniendo la luna por corona,
Un amante á sus piés erguido y vano,
La habanera es la hija de Latona,
La Hurí del Eden mahometano.

Y aquel la mira y se abrasa,
Y la contempla y suspira,
Y torna á verla y delira,
Porque verla es delirar.
Y mientras la noche vuela,
Y el tiempo sus alas bate,
Aumenta el duro combate
De su amor y su penar.
Y de su pena se rie,
Y con su amor es severa

La encantadora habanera,
La habanera sin piedad.
Y él, clavado á la ventana,
La implora en humilde tono:
Que la ventana es el trono
De la implacable deidad.
«Soy tu amiga,» ella le dice.
¿Qué importa?—Ese sentimiento
No mitiga su tormento,
Ni en su pecho penetró.
Amigas mil donde quiera
El hado á tu amante brinda;
Pero en tí, habanera linda,
Quiere amante, amiga nó.
¡Piedad por él! ¡Ah! Contempla
Su pecho agitado, hirviente;
Oye su latir rugente
Como el cráter de un volcan.
Miradlo. Preso á la reja
Como el tronco está á la rama,
Cual mariposa á la llama,
Como el acero al iman,
Lo sorprende el grito agudo
Del inflexible *sereno*;

Y en tanto que el pecho lleno
Del desengaño más cruel,
Las once!!! oye de nuevo,
El amante adios te dice,
Y abandona el infelice
De la ventana el dintel.
Y adios, respondes tú entonces,
Y aplazas para otro dia
Endulzar su pena ímpia.
¡Propio achaque de mujer!
¿Qué has hecho, habanera incauta?
Al umbral de tu ventana
No tendrás tal vez mañana
Quien te recuerde el ayer.

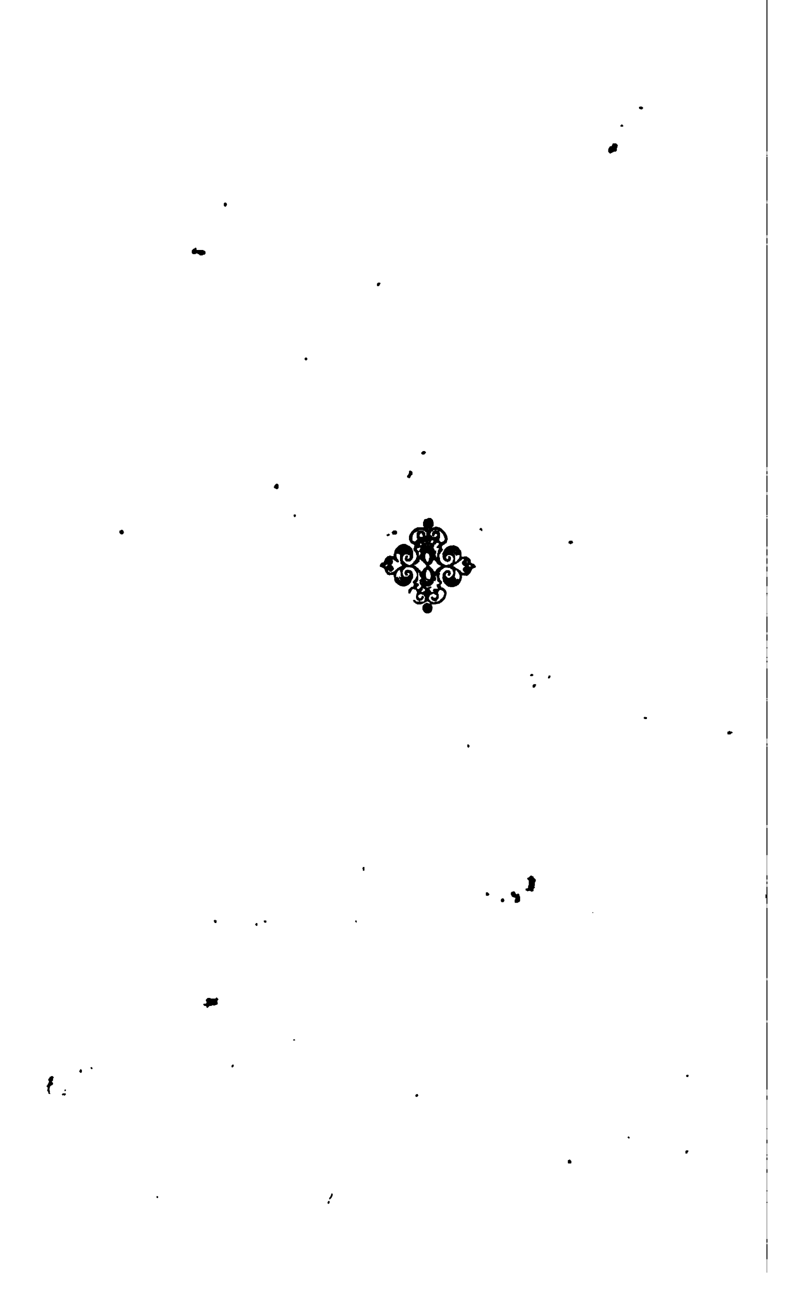
ÍNDICE.

Págs.
Discurso sobre la literatura contemporánea. 7
Discurso sobre la elocuencia del foro. 29

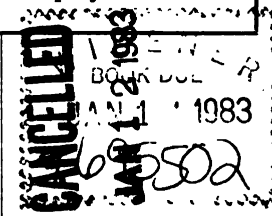
POESÍAS.

Á Guadalupe. 57
Consejo á Dolores. 61
El Jueves santo. 63
En un Álbum. 67
Á Catalina. Romance. 71
Á Mercedes. 75
Mi cumpleaños 79
Á la muerte de D. José María Heredia 91
Adan y Eva 101
Á Gertrudis Gomez de Avellaneda. 113
El Canto 121
La Rosa amarilla 127
El verano de la Habana 131
Á un amigo. Romance. 139
Á la Condesa de Cuba. En la muerte de su padre. 145
Las Bellas Artes. 163
Dios es lo bello absoluto. 175
Su retrato. 187
La habanera 193

ERRATA. En la página 137, linea 1.ª, donde dice «mis músculos», léase «sus músculos».




3 2044 048 084 297


CANCELLED
BOOK DUE
1983
1983
6502

